

Autodestrucción

Javier M. Galiana



Capítulo 1

Solo me quedaré diez días

Y llegó la tele.

El reportero ya no podía disimular su hastío. Varias semanas trabajando sin muchas ganas en reportajes sobre las colonias, al tiempo que hacía gala de una amabilidad que ni él mismo se creía. Lo que más deseaba en aquel momento era irse a su casa. Seguir mostrándose cordial era algo que escapaba a sus posibilidades. Por ello, cuando se dirigió al metre que le habría de llevar al salón, su mente solo le capacitaba para un objetivo: hacerse odiar a toda costa.

Al fin y al cabo la tele había llegado a Selenópolis. La colonia ya era oficialmente noticia. Los pormenores en aquel asunto eran completamente secundarios.

—William F. Sammet, canal Moonwatcher, ¡un placer! —dijo Billy con cordialidad, estrechando la mano del metre— Si es usted tan amable, llévenos ante el salón donde vaya a dar el discurso el señor Portillo.

—¡Jesús, qué bien habla usted el español! ¡Gustavo Fernández!
¡Encantado, encantado!

—Mi madre es castellana, sin ir más lejos. Me pasé todos los veranos de mi infancia contemplando con estoicismo cómo los vecinos de mis abuelos maternos intentaban arrancarse ojos, pelo y extremidades cuando jugaban el Barça y el Madrid. Por favor, condúzcanos hasta el señor Portillo.

—Por supuesto. Síganme ustedes. —dijo el metre, señalando un pasillo— Portillo dice que no va a empezar a hablar hasta que no llegue la tele, ¡fíjese usted! Se le ve entusiasmado al hombre. Y dígame, ¿ustedes tienen pensado quedarse muchos días en nuestra colonia? Es un placer tenerles aquí, pero la verdad es que no hay mucho que ver por ahora. Todo está empezando.

—Qué va, solo hemos venido a hacer un pequeño reportaje. Estamos yendo colonia por colonia, mostrando el ambiente de cada una. Hemos estado ya en las otras diecisiete, y no teníamos intención de venir a ésta, pero con motivo de la visita del señor McClaw el canal creyó conveniente que nos pasásemos por aquí. De todas formas solo me quedaré diez días.

Terminamos y nos largamos, que ya tengo ganas de volver.

—¡Qué agobiante tiene que ser! ¡Y qué digno! Tendrá que saber el mundo un poco de las colonias, ¿no? Eso alegrará a la gente, que en estos tiempos no viene mal, sobre todo ahí abajo.

—Viniedo de donde viene, usted debe saberlo mejor que nadie.

—¡No me diga más! ¿Sabe que vine aquí después de diez años sin encontrar trabajo? ¡Por eso, cuando me enteré de lo de la iniciativa colonial me apunté sin pensármelo dos veces! Mire que yo ya me acojonaba de chiquitillo cuando tenía que montar en avión, ¡así que para venir a Selenópolis, ya se imaginará...! Pero mereció la pena. Fue llegar aquí y a los dos días encontrar trabajo, y me pagan bastante bien. ¡Mire, es aquí! ¡Ésta es la puerta del salón! Creo que hemos llegado justo a tiempo.

Ya dentro del salón Billy pudo contemplar una serie de variopintas figuras sentadas en torno a una larga mesa presidida por Portillo. A la derecha del presidente de la colonia estaban sentados los filántropos que habían posibilitado la fundación de Selenópolis: Harold McClaw, el excéntrico multimillonario responsable de la iniciativa colonial; y Emma Holmer, la actriz que había financiado la creación de la ciudad. A su izquierda, Moisés Juárez, presente del Fondo Cultural García Lorca, junto a su séquito de jóvenes artistas a cada cual más extravagante. Entre otros, una muchacha con pelo verde y orejas postizas de gato; un chaval maquillado hasta parecer un cadáver, las uñas pintadas de negro y el flequillo a un lado; y un chico rubio, con sombrero de copa y levita. El resto de los allí presentes no eran sino ejecutivos en los que el reportero no reparó especialmente.

Tras un frívolo apretón de manos con Portillo, Billy le hizo una seña a Max para que comenzara a grabar el discurso que el presidente con tantísimo entusiasmo iba a pronunciar.

—¡Muchas gracias a todos por asistir! —dijo con solemnidad— Este acto no es sino un homenaje de mí hacia todos vosotros, quienes en mayor o menor medida estáis contribuyendo a hacer mi sueño realidad, a hacer que Selenópolis sea la gran ciudad con la que tanto yo soñé. Debéis saber que, como muchos, yo me crié lleno de ilusiones, ilusiones que se vieron rotas al crecer. Yo ansiaba crear una sociedad mejor, pero el ambiente de podredumbre y corrupción que me rodeaban me hicieron llegar a creer que aquello jamás iba a tener lugar. Fue la misma noche en la que me desahuciaron mi casa cuando miré al cielo y comencé a soñar con un lugar superior. De esa forma, me propuse aquello cuyos frutos podéis contemplar hoy, aquello que hubiese sido imposible sin los muy admirables señores McClaw y Holmer, sentada junto a mí, a quien tengo

el honor de ceder la palabra.

—Solo he de decir que mis actos son algo totalmente corriente en un alma caritativa y misericordiosa como es la nuestras —dijo la antigua actriz de Hollywood—. Ningún precio a pagar es suficiente con tal de ver a tantas personas, a tantos niños, poder vivir y crecer en una sociedad llena de esperanza, en una ciudad en la que todos sus sueños pueden hacerse realidad. ¡Qué mayor recompensa para mí que el pensar en todas las familias que gracias a mi ayuda van a ser felices!

—Todas las colonias se están convirtiendo en lugares en los que los hombres pueden hacerse grandes —puntualizó Harold—, y Selenópolis no va a ser una excepción.

Aplausos.

—¡Magníficas palabras! —dijo Enrique Portillo, retomando la palabra— Que todos los ciudadanos que nos estén viendo desde sus televisores recuerden bien quiénes son estos señores, qué han hecho por todos nosotros y por qué no han de ser olvidados nunca. ¡Como tampoco lo ha de ser el señor Juárez, responsable de convertir Selenópolis en un hervidero de genios, en la mayor ciudad cultural del siglo veintiuno!

—Oh, no es tanto el mérito mío como el de mis genios —dijo Juárez entre risas—. A decir verdad, mi historia es muy similar a la de Portillo. En mi continuo deambular de una ciudad a otra, buscando trabajo y siendo contratado muy ocasionalmente como electricista, llegué a conocer a verdaderos artistas, talentos descomunales que se veían abocados al paro y a la falta absoluta de reconocimiento. Soñé entonces con crear un fondo cultural que diera soporte a tanta mente brillante, que permitiera financiar proyectos y sacar a la luz tantas ilusiones, darle fama y reconocimiento a quienes tanto lo merecían. Recuerdo que llegué a comentárselo a mis padres y me dijeron que dejara de hacer castillos en el aire. ¡Respondí entonces que, si no podía hacerlos en el aire, tendría que hacerlos en la luna! De esta forma, amigos míos, surgió el Fondo Cultural García Lorca.

Más aplausos.

Filmadas ya tan entusiastas palabras, Billy y Max se dispusieron, carentes de gana alguna, a realizar las rutinarias entrevistas. La paciencia del reportero aguantó bien con Portillo, McClaw y Holmer, pero al llegar el turno de Juárez y al contemplar el traje, la melena, las patillas y la correctísima y formalísima sonrisa del empresario, Billy no pudo soportarlo.

—¿Algunas palabras para la audiencia, señor Juárez? —dijo con terquedad

cuando Max dejó el trípode sobre el suelo.

—Oh, nada que no haya dicho antes... ¡muchas gracias a todos por su infinito apoyo, sin el cual el Fondo Cultural García Lorca nunca hubiera salido adelante!

—Por curiosidad, señor Juárez, ¿por qué García Lorca?

—Oh, ¿no es García Lorca el poeta ese que tanto le cantaba a la luna?

—Así es, pero en la poesía de Lorca la luna representa la muerte, señor Juárez.

Si bien Moisés Juárez ya había empezado a sentir aversión por la nariz ganchuda, el sombrero y las gafitas de Sammet cuando este entró por la puerta, su socarrona voz no hizo sino acrecentar tal sentimiento.

—¡Qué sabré yo de Lorca! ¿Acaso es necesario? Gracias a mí, las jóvenes promesas que en España se hubiesen muerto de hambre gozan de una vivienda y de un fondo económico fijo.

—Me parece estupendísimo. ¿Y a qué atribuye usted el repentino y reciente interés por la cultura por parte de hombres nacidos en el país en el que no se lee porque no se escribe y no se escribe porque no se lee?

—¡Qué más darán las atribuciones! Miren, yo no soy un psicólogo ni un estadista. ¿No le sería a usted más sencillo limitarse a mirar a los afortunados jóvenes que pueden pagarse una casa gracias a mí y a mi empresa?

—Me resulta más sencillo admirar la enorme mansión que usted se ha comprado con el dinero obtenido del repentino, reciente y muy oportuno para usted interés por la cultura despertado en los habitantes de Selenópolis. ¿Cree usted que podríamos concluir, para que puedan figurárselo todos los que estén viendo la televisión en este momento, afirmando que la emigración de numerosos españoles a esta colonia ha supuesto para ellos una elevación en todos los sentidos, intelectual y espiritualmente? ¿Cree usted que los generadores de gravedad desprenden partículas que potencian el rendimiento del cerebro? ¡De ser así, estaríamos ante un muy interesante descubrimiento!

—Mire usted, piense lo que quiera y deje de importunarme con sus divagaciones, pues no creo que le paguen por despreciar ante los medios de comunicación nuestra empresa, nuestra colonia y nuestro antiguo país.

—¡Un placer, señor Juárez! Y ahora, si me disculpa, procederé a entrevistar a su tan preciada horda de genios. Espero que tan brillantes

cerebros sean menos lacónicos que su caudillo.

Con desidia y sin poder sazonar sus entrevistas con comentarios a cada cual más cáustico, Billy fue abordando, uno por uno, a todos los artistas que tanto agradecimiento, admiración y devoción sentían hacia el señor Juárez. Pasados unos minutos, Billy pudo comprobar, con alivio, que únicamente quedaban dos por ser entrevistados: la chica de las orejas de gato y el chaval del sombrero de copa.

—Mi nombre es Ángela Valero. Ya desde muy niña me gustaba dibujar, y en cuanto vi la oportunidad de venir a Selenópolis accedí con el afán de hacerme valer. Gracias a la Fundación Cultural García Lorca, mi obra puede ver la luz: una serie de comic manga, es decir, al estilo japonés.

—¡Interesantísimo! ¿Y para dibujar comic manga es condición sine qua non el llevar orejas de gato? ¿Acaso se trata de una estrategia propagandística ideada por el benévolo y omnipotente señor Juárez?

—Las orejas de neko son algo muy común entre la juventud japonesa. A decir verdad, me fascina todo lo japonés.

—¿Pero es usted consciente de que no es japonés sino española?

—Lo soy, pero en algunos aspectos me parece más interesante la cultura japonesa que la del país que me vio nacer.

—¡Qué ingeniosa es usted! ¡Cuantísima razón! Es obvio: ¿qué son Cervantes, Velázquez, Falla, Cernuda y Goya sino una panda de locos andrajosos autores de estúpidas obras, tan risibles y patéticas a ojos de esta nuestra magnánima, imparcial y llena de criterio juventud del siglo veintiuno?

—Mire, ha de saber usted que mi interés hacia el mundo japonés es algo más bien reciente. Sepa que de muy pequeña mis padres me llevaron al Museo del Prado, donde las obras de Velázquez y Goya, junto a las de Picasso, Dalí y muchos otros, causaron en mí una gran admiración y me motivaron para dedicarme a las artes plásticas. De siempre he sentido un enorme fervor hacia nuestro país y hacia todo lo español. No obstante, ¿por qué habría de estar eso reñido con mi interés hacia otros países? ¿Qué hubiese sido de Dalí de no haber nacido el francés André Breton?

El reportero se mordió el labio. Su ira a veces le llevaba a ser injusto con quien no lo merecía, y por consiguiente acababa quedando por los suelos frente a las cámaras. Se disculpaba o no, su vanidad había quedado reflejada ahí.

—Lo entiendo —respondió Billy, intentando mostrar tranquilidad—. Disculpe, por tanto, mi injusta brusquedad: me he precipitado al juzgarla.

Sepa usted que comparto su punto de vista de forma absoluta: simplemente... soy, a veces, demasiado escéptico. Espero que tengas mucha suerte con tu cómic manga.

Dicho esto, Billy se dirigió al último que quedaba: el muchacho rubio, quien miraba distraído su jarra de cerveza.

—¿Cómo describiría usted su experiencia en la Fundación García Lorca?

—Yo nada tengo que ver con el señor Juárez, Billy Sammet —dijo, haciendo gala de un marcado acento americano—. No estoy aquí sino en calidad de acompañante. Probablemente sea la persona con menos relevancia aquí presente.

El acento americano y el hecho de que aquel tipejo supiera su nombre inquietaron a Billy.

—¿Acompaña usted a la señorita Valero?

—No. A la señorita Valero la acabo de conocer. He venido aquí acompañando a mi mujer.

Billy parpadeó. ¿A su mujer? El chico rubio apenas rozaba los veinticinco años. ¿Cómo podía estar ya casado?

—Oh, ¿y quién es, si puede saberse, su mujer?

—Emma Holmer, quien ahora mismo se encuentra demasiado ocupada con burocracia y formalismos con los señores McClaw y Portillo, convencionalismos en los que no tengo nada que hacer.

—¿Cree usted que soy estúpido?

—Eres la persona que más ha condicionado mi forma de pensar y de concebir el mundo. Una persona estúpida jamás lograría algo así.

Aquello ya empezaba a pasarse de castaño oscuro.

—Mira, chico, yo no te he visto en mi vida y no sé cómo conoces mi nombre, pero si vas a seguir mucho tiempo con esta farsa de poner acento americano y decir que eres el marido de Emma Holmer...

—A través de la televisión, Billy. Por tus artículos en la prensa. Por internet. Por tu blog. Por ser siempre el ojo del huracán, el núcleo de toda polémica.

—Creo que ya me empiezo a creer que seas americano. Un español jamás dejaría de lado el fútbol, las noticias demagógicas y los cotilleos para poner

un canal de reportajes y documentales, salvo cuando se da la hora de la siesta.

—Eso fue antes, en España. Ahora estamos en Selenópolis, y daré lo mejor de mí para poder cambiar el ambiente tan decadente heredado del país en el que Cervantes nació. Tu documental, *Spain is different*, me hizo darme cuenta de la enorme crisis de valores presente allí. Teniendo en cuenta que un país es demasiado para mí, me propuse, de forma totalmente altruista, que todo cambiara al menos en una colonia española, para que los pobres selenitas no vuelvan a abocarse al hastío y la podredumbre.

El reportero levantó una ceja.

—¡Qué sabrás tú de España y de sus problemas! Si se dijera que has vivido de primera mano lo que hay ahí... ¡pero no sabes más que lo que cuento en el documental! ¿Tener un poco de criterio propio sería mucho pedir? ¡Por mucho que hayas visto mi documental eres profundamente ignorante! ¡No eres quién para decir esas cosas tan radicales! ¡Hastío! ¡Podredumbre! Por Dios...

Ya iba Billy a abandonar a aquel pobre loco, cuando pudo advertir que Emma se dirigía hacia su supuesto marido, a quien cogió de la mano y besó en la boca, confirmando que el chaval no bromeaba al decirse consorte de tan relevante figura.

—¡Qué contento te has tenido que poner, James! ¡Qué enorme sorpresa! ¿Debes estar emocionadísimo, verdad? —dijo la filántropa, con cariño, tras lo cual se volvió a Billy— ¡Oh, le ruego que disculpe a mi marido si le ha importunado! Él es un gran admirador suyo. Siempre está buscando en internet los más recientes trabajos de usted y sus últimas publicaciones. No deja de darme la lata al respecto: Billy Sammet esto, Billy Sammet lo otro, Billy Sammet dice que tal y pascual... ¡su sueño siempre ha sido conocerle a usted, a decir verdad!

—Muy bien —dijo Billy, algo confuso, dirigiéndose a James—. No obstante, ¿cómo pretendes, muchacho, poner en práctica mis enseñanzas con ese trabajo tuyo que tienes? ¡Consorte de persona millonaria! ¡Arte noble y practicadísimo en todo el mundo!

—Aún no he empezado a trabajar, Billy Sammet. Empiezo pasado mañana, en el Colegio Público Antonio Marqués y Espejo.

—¿Eres maestro de escuela... tú, una persona que tiene de sobra la vida resuelta?

—Para ningún hombre es digna la vida del parásito. Tú mismo

pronunciaste esas palabras, ¿lo recuerdas?

—Perfectamente, pero al hacerlo puse muy en duda el que pudieran llegar a ser escuchadas dentro de las élites millonarias de la sociedad americana.

—Todo hombre que ansíe mostrar valía ante la gente sabia y ante su propio corazón lo hará con actos, no con apariencias ni con fondos económicos. Palabras también tuyas. Digamos que a las élites millonarias americanas he llegado hace muy poco y no me siento muy cómodo. Necesito algo más gratificante.

—Por esa misma razón me alejé del vicio y del lujo en pos de obras más altruistas —intervino Emma—. Selenópolis es, sin ir más lejos, el resultado de dicha decisión: la creación de una sociedad que ofrezca refugio a todos los genios incomprendidos que busquen reconocimiento. Mi marido, que muy recientemente ha aprobado oposiciones, colaborará en este proyecto mío dándoles la mejor educación posible a los niños a los que imparta clase. Y, si me disculpáis, el señor Portillo reclama una vez más la atención... ¡lo siento, James, cielo! Ya te dije que en este banquete no iba a poder estar mucho contigo...

—No te preocupes, vida mía. Lo entiendo perfectamente.

—Cielos —dijo Billy, indicándole a Max que dejara de grabar—, nunca pensé que una persona como tú pudiera llegar a existir.

—Es algo lógico viniendo de ti, Billy Sammet. Eres el periodista que huye de lo vulgar, el periodista al que el impacto de la drogadicción en la juventud quita el sueño pero que siente absoluta indiferencia ante la vida privada de los famosos.

—Y por ello el periodista más ignorado. A pocas personas les agrada escuchar lo que yo promulgo.

—Eso dices, y sin embargo nunca has dejado de trabajar en tu incansable cruzada por hacer de este mundo un lugar mejor. Recuerda: los pocos pasos que hemos dado para salir de tanta podredumbre se deben a que nunca dejarán de nacer hombres buenos, a que la esperanza nunca morirá.

—¿Quieres dejar de repetir mis frases? —inquirió Billy entre risas— De verdad, te ruego que me disculpes si me he mostrado demasiado rudo contigo. Mi condición radical de pesimista antropológico...

—Descuida, descuida. Billy Sammet siempre estará disculpado ante mí.

—Agradezco tu condescendencia. Y me encantaría prolongar la única conversación algo interesante que he tenido en lo que llevo de día, pero tengo que proseguir con...

—Lo entiendo perfectamente. Ésta no tiene por qué ser nuestra última conversación. ¿Vendrías algún día de estos conmigo, a tomar un café mientras charlamos amistosamente?

—Me parece bien: en estos diez días que tengo que quedarme para concluir el reportaje seguramente tenga alguna tarde libre. Anota, pues, mi teléfono móvil...

Había llegado la noche y estaba cenando en un lujoso restaurante junto a Emma, pero James Jackson no podía dejar de pensar en el encuentro que aquel día había tenido con su ídolo.

—Estás muy pensativo, cielo —dijo Emma, agarrándole la mano—. ¿No era como te lo esperabas? ¿Se te ha caído un mito? ¿Ha sido demasiado mordaz?

—Oh... no, al contrario. Se ha comportado conmigo tal y como esperaba. De haber sido solo un poco menos cínico, irónico o sarcástico me habría decepcionado muchísimo más.

Capítulo 2

Ubi sunt

El tan esperadísimo sonido de la sirena, permiso de abandonar después de seis horas las puñeteras aulas, inundó habitaciones y pasillos en el Colegio Público Antonio Marqués y Espejo y en el adyacente instituto homónimo, despertando gran jolgorio entre infantes y preadolescentes. Desde la ventana del aula en el que impartía clases, James Jackson observaba cómo abandonaban las puertas del centro. Los niños, directos a los brazos de sus padres; los jóvenes, destinados a agolparse en muy excluyentes clanes.

—¿A dónde irán? —preguntó James en voz alta.

Si bien cualquiera hubiera podido responder “a comer”, pocos hubiesen logrado saciar por completo la curiosidad del señor Jackson. No era sino su segundo día de clase y ya se veía obligado a hacerse ese tipo de preguntas, proceder que no podría evitar cada vez que se diera un día como aquel. Tal y como temía, eso iba a convertirse en algo demasiado habitual, en una rutina.

Todo había empezado en el primer recreo, momento en el que al señor Jackson le tocaba hacer guardia en el patio, en el corralillo en el que los muchachos del colegio se juntaban a cambiar cromos y los jóvenes a hacer alarde de su pubertad narrando cómo habían caído en una superlativa borrachera o a cuántas tías buenas se habían tirado.

Antes de poder hacer nada por evitarlo, dos muchachitos de chándal y pelo engominado sujetaban a un tercero, mientras que otro macarra le agarraba la cabeza y la empotraba repetidas veces contra el empedrado suelo. Cuando James Jackson llegó dispuesto a intervenir, el pobre chico tenía ya rotas las gafas y la nariz.

—Soltad al chico por las buenas —ordenó James, con paciencia.

—¿Y si no quiero, qué? ¿Me vas a poner un parte? Ya llevo cinco, iy me la suda uno más! ¡A ver si me echan ya pa' siempre y de una puta vez de este sitio!

—No creo, sin embargo, que tus padres sientan especial indiferencia.

—¡Y una polla! ¡Si se la suda más que a mí! ¡Si cuando me pusieron el

tercer parte me compraron la última plei!

—De ser tus afirmaciones verdad lamento informarte de que tus padres muy probablemente sean las personas más abominables que existan en Selenópolis. Gente así tendría que haberse quedado fuera de las colonias, en la puta miseria.

—¡Que te meto, eh, que te meto, yanqui de mierda, sácate el puto chicle de la boca! ¡Que me la suda que seas profe!

La agresión no pudo llevarse a cabo, pues los demás profesores que se encontraban vigilando el patio se habían apresurado a intervenir y a agarrar a los macarras. Tras esto, James ayudó al desnarigado chaval que yacía en el suelo a ponerse en pie.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Ahora sí —respondió el chico—, pero a la salida no lo estaré tanto.

—¿Quieres decir que te tienen amenazado?

—Bueno... es igual. No quiero meterme en líos.

—No consentiré que un alumno de este centro sufra agresiones, ni dentro ni en el camino a casa. Espérame cuando terminen las clases y yo mismo te acercaré hasta tu casa en mi coche.

—Da igual, de verdad...

—¡No da igual, maldita sea!

—Pero es que entonces me tendrías que estar acercando todos los días... y a más gente.

—Si es necesario pondré un autobús que os acerque a cada uno de los amenazados. Por lo pronto, sígueme. Voy a llevarte a la enfermería.

La expresión de James cuando regresó al corralillo era terrible, reflejo de la pura ira, como los demás profesores que allí se encontraban pudieron advertir.

—¡Y pretendían continuar al terminar las clases...! —refunfuñó frente a los demás.

—Bueno, bueno —dijo otro de los profesores— no se sulfure tanto usted, que tampoco es para morirse. ¡Qué espera, si son chavalillos y se comportan como tal! Déjelos, déjelos, que todos los chavalillos tienen sus

riñas hasta que maduran, y preocuparse por ello es sulfurarse sin razón.

—¡Mire, que en un patio de recreo de un colegio-instituto se reproduzcan escenas de semejante violencia será muchas cosas, pero no precisamente normal!

—Relaje usted las expectativas a no ser que quiera darse baja por depresión, que asumir esto es lo mejor.

—¿Insinúa que nosotros, docentes preocupados por el bien y la estabilidad de todos los alumnos matriculados en este centro, debemos quedarnos de brazos cruzados ante semejantes casos de salvajismo?

—¿Y qué vamos a hacer si no? Tengo experiencia en esto y sé que hacer algo es peor... ponerte de parte de uno de los chavales es entrar al trapo en sus juegucillos, y ya tenemos una edad. ¡Además, cuando se ceban con uno por mucho que hagamos lo van a seguir puteando! Y también es hora de que se hagan respetar, que para eso tiene dos puños bien puestos por Dios... que no se puede ir por la vida siendo un llorica.

—¡Oh, muy bien hablado! ¡Húndanse, pues, todo centro de educación! ¡Malditos señores empelucados del dieciocho que lucharon por hacer de la enseñanza algo obligatorio con el fin de promover la igualdad de oportunidades, de evitar que haya humanos criándose como fieras! ¿Cómo un hombre hecho y derecho puede consentir una formación privada de brutalidad, de moral deformada, de involución progresiva? Lleva usted muchísima razón: en el mundo la única forma de hacerse respetar, de evitar que te apaleen, es apalear tú antes. ¿Para qué, entonces, toda esta parafernalia de la educación, del instituto, si realmente ninguno de ustedes, oh sabios y juiciosos docentes, tiene verdadero interés en dar a niños y adolescentes una formación adecuada y orientada a eso que llaman civilización? ¡Quememos los colegios, quememos los institutos, pues! ¡Vacaciones para todos! ¡Retomemos las viejas costumbres de los espartanos! ¡Pongamos a todos los niños en rediles y que se maten entre ellos, que los que mueran no tendrán, según ustedes, ni derecho a vivir!

—Oiga...

Un vistoso puñado de zagales de diversas edades escuchaban con atención y con espanto la conversación de los dos docentes, alarmados por los gritos de James. Éste no volvió a pronunciar una sola palabra hasta que terminó el condenado recreo.

Aquel había sido el primer percance de la mañana, pero estaba muy lejos de ser el último. El segundo había llegado una hora después de la agresión al unitario, momento en el que había tenido que llevar a su clase al aula magna, donde se daban unas charlas de obligada asistencia para

todos los alumnos del centro.

—Debéis, niños, tener mucho cuidado cuando navegáis por internet —decía el señoritingo encargado de promulgar las sandeces de turno—. Tenéis que tener mucho cuidado con las páginas en las que os metéis. Y, sobre todo, nunca jamás de los jamases debéis hablar con un desconocido. Lo más seguro es que se trate de un pedófilo y...

—¿Se puede saber qué clase de sandeces está usted diciendo? —bramó el señor Jackson, poniéndose de pie y convirtiéndose en el centro de atención— ¡Aconsejeles que no salgan a la calle, ya que estamos, por miedo a que puedan cruzarse con un asesino a sueldo, o a que les caiga una teja en la cabeza y se mueran! ¿Se está usted oyendo? Si bien no voy a negar que navegar en internet supone un riesgo, un mínimo riesgo que puede evitarse con sentido común, condicionar a las personas desde estas edades a que eviten lo que puede llegar a convertirse en una experiencia enormemente gratificante que además les haga abrir la mente es una verdadera aberración.

—Mire —respondió el interpelado, algo nervioso—, yo solo soy un miembro de esta campaña y me limito a hacer mi trabajo. Sea bueno o sea malo el que a los niños se les diga estas cosas, lo hago por órdenes del PEDS, el partido del señor Portillo, que dirige esta campaña...

—¡Un rábano me importa para quién usted trabaje! ¡No consentiré que en este colegio se permita la lobotomización masiva de mentes de niños, no, no! ¡Y ya lo decía Billy Sammet: cuando un gobierno emprende campañas fomentando la internetofobia entre la población infantil y juvenil siempre hay detrás una segunda intención orientada a impedir el desarrollo del pensamiento propio y a fomentar la abulia, así como la acción de diversos lobbies de presión provenientes de las cadenas televisivas aterradas por ver en los ordenadores la más letal de las competencias! ¡Lárguese de aquí! ¡Malditos sean usted y su señor Portillo! ¡Lárguese de una puta vez!

Al margen de la intención original del lacayo de Portillo, el ataque de histeria del señor Jackson hizo que aquella charla quedara interrumpida. A aquella altura James ya daba por hecho que aquella mañana estaba destinada a ir de mal en peor, hipótesis que pudo confirmar durante la clase de inglés.

—¡Muy bien, niños! Ahora nos toca continuar con los ejercicios... ¡venga, no refunfuñéis, que después habrá juegos y canciones! Vamos, abrid el activity book por la página catorce.

—Pero tícher... —intervino uno de los niños— Tenemos que acabar primero la página trece. Nos queda un ejercicio.

El semblante de James se volvió pálido, lleno de ira.

—El ejercicio que queda de la página trece no se va a hacer en esta clase. No. Y no se hará en ninguna otra clase. ¡Abrid el libro por esa página, rajad ese ejercicio y tiradlo a la papelera! ¡Ahora! ¡Ahora!

Entre confundidos y divertidos, los niños obedecieron la emulación de Robin Williams del tícher salvo uno.

—¿Por qué no rajas la página trece, Sergio? ¿Quieres que te ponga un negativo?

Asustado, Sergio negó con la cabeza.

—No, señor... es que no sé qué le pasa al último ejercicio de la página trece.

—El último ejercicio de la página trece, al margen de que os enseñe más o menos inglés, contribuye a aplanar vuestro cerebro. ¡No consentiré que se hagan ese tipo de actividades en mi aula!

—¿Pero qué tiene de malo? —insistió Sergio, arrepintiéndose al contemplar el hostil semblante con el que reaccionó el señor Jackson.

—¿Qué tiene de malo, dices? Muy bien. Ya que no quieres obedecerme y rajar esa condenada página, le vas a explicar a tus compañeros de qué va el último ejercicio de la página trece.

—No lo entiendo bien —empezó a decir Sergio, muerto de miedo— pero... salen algunas palabras... y tenemos que ponerlas en una de las dos columnas... bois y guerls... chicos y chicas, imagino... y en las palabras aparecen esquirt, futbol... creo... creo que tenemos que poner las palabras que tienen que ver con los chicos en la columna de bois y las otras en la de guerls... tícher.

—Ejercicios semejantes —prosiguió James— os condicionan desde tan pequeños a inclinaros al sexismo, a los prejuicios de género que tanto daño hacen a las personas a la hora de buscar la identidad. ¡Decidme, niños! ¿Qué le diríais a Sergio, por ejemplo, si mañana aparece por esta clase con una falda?

La respuesta no fue sino una carcajada general.

—¡Marica! ¡Maricón! ¡Nenaza!

Un sonoro golpe a la pizarra por parte de James rompió la algarabía

generada.

—¿Eso creéis, verdad? —gritó Jackson— ¿Eso os han enseñado? Decidme: ¿por qué? ¿Qué explicación lógica y racional hay para que las faldas sean de chicas y el futbol sea de chicos? ¡Vamos, responded, pues quien no lo haga será castigado!

—Es que la falda es una prenda de chicas y el futbol un deporte de chicos —razonó una chica algo atrevida.

—¿Por qué? —insistió James.

—Pues... ¡porque sí!

—¡Porque sí! ¡Porque sí, decís! —gritó el maestro, totalmente fuera de sí, golpeando repetidas veces la pizarra— ¿Qué clase de respuesta es esa, sino una propia de sociedades autoritarias obstinadas en privar a los ciudadanos de libertad? ¡Sois verdaderos tiranos en potencia, todos! Pero no, no, aún sois jóvenes, aún podéis cambiar, ¡cielos! Aún estáis a tiempo de recibir la palabra de Billy Sammet, sí, sí, todo va a cambiar, ¡ya lo creo! ¡Bien! Puesto que nadie ha sido capaz de responderme, como he dicho, ¡seréis castigados, todos! ¡Mañana, los chicos vendrán a clase con falda y las chicas jugarán al futbol, ya lo creo que será así, os guste o no! A grandes males, grandes remedios, ¡ide alguna manera vuestros corazones se tendrán que inclinar hacia el progreso!

Tras ello, silencio absoluto, solo interrumpido por un par de tenues llantos.

Rememorar tan terribles sucesos surgidos a lo largo de la mañana obligaba a James a fruncir el ceño y a preguntar al aire, mientras miraba por la ventana cómo se marchaban los niños:

—¿A dónde irán?

Dos profesores, que en aquel preciso momento atravesaban el pasillo en el que estaba el aula del señor Jackson, miraron a la habitación con cierto espanto.

—¡Cielos... ese es el yanqui, el loco, al que tanto se le ha ido la olla hoy!

—En condiciones normales a un tío así le abren un expediente y no vuelve a dar clase en su vida, te lo digo yo.

—Sí... pero estamos hablando de un intocable, de alguien a quien no se le puede hacer ná... ¡del marido de la Holmer, nada menos! ¡La mujer que da

nombre a este centro!

—Ya ves... ¡qué se puede hacer contra el marido de esa! Es de bien nacíos ser agradecíos, y tenemos que tener en cuenta que de no ser por la mujer del loco ese aún estaríamos sin trabajo y sin esperanzas de encontrarlo.

—¡Habría que adaptarse! Aguantar al loco con tal de cobrar el sueldazo que cobramos a fin de mes no es un mal precio.

—De todas formas no estaría de más darle un toque o algo... yendo de buenas, claro está. Sulfurándose así el pobre hombre no consigue nada, solo sufrir y asustar a los chavalicos. ¡Tiene que dejar de enervarse por gilipolleces!

Tal conversación no había pasado desapercibida a oídos del señor Jackson, pero le era completamente indiferente. Su atención seguía absorbida por los niños y adolescentes cuyos caminos se ramificaban al salir del colegio-instituto.

—¿¡A dónde irán!? —gritó, con todas sus fuerzas, desesperado, indiferente a las miradas de espanto y curiosidad que su alarido había despertado.

Si bien cada uno de los niños y adolescentes iba a llegar a su casa con el mismo objetivo —comer—, cada uno se adentraría en un mundo diferente, prolongaría una existencia totalmente dispar a la de los demás. La heterogeneidad, tan absoluta y llena de matices, provocaba una enorme ansiedad en el señor Jackson. Él sabía muy bien que muchos de los muchachos llegarían a una casa normal, con dos padres normales, comerían una comida normal, jugarían a las cartas con sus hermanos normales, harían los deberes de forma normal y, tras todo ello, irían —como es normal en esta gente— al parque a disfrutar de unas horas de esparcimiento; los niños, a jugar a los cromos, los adolescentes...

—¡Ay de los adolescentes! ¿A dónde irán?

Era a ojos de Jackson la adolescencia una etapa maldita, una etapa en la que lo perverso y lo normal iban de la mano. Un adolescente que llevara una vida corriente no iba ya al parque a cambiar cromos, sino a fumar o a dedicarse a otras actividades que James quiso apartar en aquel momento de su cabeza. Lo de la adolescencia, en cualquier caso, era una cuestión secundaria. Mucho más graves eran las vidas de los niños que salían en aquel momento del colegio-instituto para dirigirse a un entorno no precisamente normal. Por ellos —que no eran pocos— James Jackson ponía cada vez más énfasis al gritar:

—¿A dónde irán?

Quizá a una casa sombría, con dos padres al borde del divorcio y muy dados a ofrecer espectáculos de violencia de género, para tener una comida llena de tensión, deleitarse con el histriónico carácter de sus hermanos drogadictos, no poder hacer los deberes a causa de las voces y no poder salir al parque porque papá se había encargado de impedirlo mediante una paliza. Un panorama que bien podría parecer surrealista, exagerado y sensacionalista. Pero el señor Jackson, lector habitual de Billy Sammet, era consciente de que muy probablemente tal panorama fuera el pan de cada día. Y James sabía bien, muy bien, que en algunos casos la imaginación no era sino la punta del iceberg.

Un ambiente malo para la crianza de un niño resultaba triplemente infernal cuando el niño en cuestión sufría bullying en clase, al no encontrar en casa —ni en el resto de su vida— apoyo o consuelo. O cuando el niño siente una irrefrenable atracción por las personas de su mismo sexo pero no puede revelarlo en voz alta sin ser llamado maricón por parte de su padre, lo cual no solía ser sino el inicio de una nueva página en el álbum de vejaciones coleccionables. O cuando el niño únicamente posee un consuelo, internet y los amigos de allí —las únicas personas que mostraban algo de cariño hacia él!— y sus padres le privan de esta única vía de escapatoria poniendo por excusa que la tele había dicho que los ordenadores eran obra de Satanás y que tocar uno era quedar predestinado a ser captado por un pederasta y violado en menos que canta un gallo.

—¿A dónde irán?

Tales problemas habían sido sabiamente detectados y denunciados por Billy Sammet; y James, en calidad de docente, pretendía poner cuerpo y alma en luchar contra ellos. ¿Y qué había conseguido? Que lo llamaran loco. Que le acusaran de sulfurarse “por gilipolleces”. ¿Qué respeto merecía un pueblo que considera una gilipollez el hecho de que el infierno de Dante en miniatura se reproduzca en varios hogares?

Quizá buscando autoafirmación, quizá buscando convencerse a sí mismo de que su locura no era sino una falacia ideada por sus despreocupados compañeros de trabajo, o quizá ansioso de dar respuesta a la pregunta que tanto había gritado por la ventana, aquella misma tarde, aprovechando que se encontraba muy ocioso y que Emma no estaba en casa, encendió su ordenador y abrió el navegador.

Sabía muy bien qué tenía que teclear. Sabía muy bien a dónde se dirigían muchos —si bien no todos— de los desamparados, aquellos pocos afortunados de poseer progenitores que no tuvieran como dogma la religión que identificaba internet con Satanás. Una pestaña aquí, otra allá, un foro, una cuenta de Twitter... a los pocos minutos ya tenía al alcance del puntero de su ratón un panorama, con poco, desolador. Para poder digerirlo más eficazmente, para tener constancia de que era algo real y no

producto de su supuesta locura, abrió un fichero de Word en el que sintetizó algo de lo que había leído.

Cuenta número 1. Nombre: Carla. Edad: 12 años. Reside en Selenópolis. En varios de sus twitts menciona que su vida carece de sentido y que su dolor es infinito. Alude varias veces al bullying que recibe en clase. Sube varias fotos de sus muñecas en carne viva, tras recibir varias visitas del señor cúter. Durante una temporada cuelga twitts algo más alegres tras, según afirma, haber encontrado un novio por internet. Relación fracasada al acusarla el chaval en cuestión de "gorda" tras subir ella una foto suya. Tras ello, varios twitts relacionados con un intento de suicidio. El último de ellos, ayer mismo. Pero la gente dice que yo me enervo por gilipolleces.

Cuenta número 14. Nombre: Susana. Edad: 16. Reside en Selenópolis. Sus followers no llegaban a veinte, por lo que decidió llenar su twitter de fotos ligera de ropa para llamar la atención. Tras ello el número de seguidores ha aumentado notablemente, pero se muestran muy rudos con ella cuando decide buscar consuelo por internet en lugar de seguir exhibiéndose. Huérfana de madre. En varios de sus twitts insinúa que puede sufrir avisos por parte de su progenitor, y deja muy claro que el ambiente de su casa no es precisamente normal. Sus twitts revelan un estado mental muy inestable, lo cual se ha recrudecido desde que su padre le han dicho que le van a quitar el ordenador. Pero la gente dice que yo me enervo por gilipolleces.

Cuenta número 106. Nombre: Víctor. Edad: 14. Bisexual. Repite reiteradas veces que sus padres lo ven como una abominación. Cita en una ocasión a su padre: "de saber que nos iba a salir maricón, debajo de un puente lo habría abandonado". Claro odio hacia sus progenitores. Obstinado en vestir de forma similar a la señorita Valero durante la noche en la que conocí a Billy Sammet para escandalizar a sus padres. La tensión en casa cada vez se recrudece más. El ambiente hosco le ha llevado a abandonar los estudios y a empezar a consumir marihuana. Pero la gente dice que yo me enervo por gilipolleces.

Dos horas después, el señor Jackson se encontraba frente a un documento repleto de párrafos similares, en los que exponía diversos casos que había descubierto tras revisar infinidad de perfiles. Le horrorizaba saber que no eran pocos, especialmente teniendo en cuenta que había filtrado aquellos cuyos problemas estaban lejos de ser reales

—no eran sino meras excusas para llamar la atención, apelar a la compasión de los demás y aumentar el número de followers—, que se había ceñido únicamente a jóvenes residentes en Selenópolis —ya había elaborado multitud de documentos similares con los jóvenes de España— y que no los había incluido a todos.

Historias semejantes estaban muy lejos de ser normales, de despertar indiferencia ante una persona como el señor Jackson. El hecho de que todos aquellos pobres diablos crecieran en entornos tan oscuros, sin una sola referencia moral que les ayudara a orientar su vida, les hacía estar destinados, si nadie hacía nada para cambiarlo, a la más profunda miseria, a la deshumanización más absoluta.

¡Y sólo eran un pequeño porcentaje, solo aquellos que habían concebido internet como vía de escape! ¿Y los demás, de cuya existencia nadie podía dudar? ¿Debía un estado que aspirara a obtener la igualdad de oportunidades consentir algo así?

Capítulo 3

La muy interesante hierba del parque

Ángela Valero hubiera sido feliz, muy feliz, de poder albergar en aquel momento pensamientos gratos, de poder contemplar cómo su corazón exhalaba gozo al tiempo que se sentía como nunca autorealizada. Sin embargo, los divinos, interesantísimos, sofisticados y admirables otakus con los que se encontraba estaban muy lejos de despertar en ella tanto interés como lo hacía la hierba del parque.

Al tiempo que se deleitaba sesgando hojitas de hierba vinieron recuerdos a su mente del año pasado, de aquella tarde en la que sus parientes de Cataluña habían ido a visitarla al que era su pueblo antes de mudarse a Selenópolis, un lugar recóndito y aislado de la civilización, ante el cual el Macondo de García Márquez parecería una metrópoli vanguardista y bulliciosa. Quizá con el fin de disculparse de algún modo por haberles hecho arrastrarse a tan deplorable lugar la madre de Ángela había salido a recibirlos llena de cordialidad y entusiasmo, colmando a cada uno de ellos de histriónicas alabanzas y haciendo especial hincapié en Juan Valero, el primo de Ángela.

—¡Juan, rico mío, qué alto estás ya, cómo te pareces a tu padre! ¡Y qué guapo! Y los estudios bien, ¿no? ¡Me ha contado tu madre que no te queda ni una!

—Sí, gracias, tía. ¿Dónde está la prima Ángela?

—¡En su habitación! No sé qué le ha dado a esta chica con empeñarse en no salir... ¡se encierra y se pone a dibujar y no quiere saber nada del mundo! Y que esté tanto tiempo sin que le dé el sol no puede ser bueno, no... ¡a ver si a ti te hace más caso y me la convences para sacarla de ahí!

Para sorpresa de lo que creía la madre de Ángela, que fuera Juan el emisor del mensaje no cambió en absoluto el parecer de su hija.

—Querido primo, créeme cuando te digo que saldría a diario y no pisaría esta casa salvo para la hora de comer de ofrecerte el mundo más allá de la puerta algo más interesante que este cuarto.

—¿Y tus amigos? ¿No los echas de menos?

—¿Qué amigos, Juan?

—Bueno, cuando éramos niños tus cumpleaños siempre estaban petados de chavalicos.

—Cuando éramos niños, Juan, ¡cuando éramos niños! De épocas muy distintas estamos hablando, ¡no digo más! Todos ellos ahora se dedican al botellón y a otras actividades que no despiertan en mí el más mínimo interés, o parlotear sobre fútbol u otro tipo de frivolidades. ¡No, gracias, no quiero saber nada de ellos! ¡Ellos están muy bien donde están y yo muy bien donde estoy!

—En resumen, no encuentras a nadie afín a ti.

—¡Cielos, Juan, la juventud ha degenerado! ¡La gente no es dada a lo gratificante, sino al deambular absurdo y nihilista! Para ellos todo es frivolidad y hedonismo. Emborracharse el sábado intentando obtener sexo y recuperarse de la resaca el domingo. ¡No se puede mantener una conversación interesante con alguien así! ¡No, no quiero saber nada de esa gente! Además, ni aunque lo intentara me aceptarían. Siempre me han considerado una rarita, ¿sabes? Me dan asco, ¡mucho asco! ¡Y además apelan al término latino carpe diem! ¿Cómo se puede desvirtuar tanto una idea? Yo aprovecho mejor el momento aquí, con mi lápiz, mi papel y mi flexo, dibujando para ganarme la vida el día de mañana.

—Querida prima, sé perfectamente de lo que hablas. Sabes que a mí tampoco me ha gustado de nunca beber ni el estilo de vida que más se da entre la gente de nuestra edad... siempre me he decantado más por los videojuegos y por el manga.

—¡En ese caso no sé por qué me intentas convencer de algo tan obvio!

—Bueno, podría decirse que no todo está tan oscuro como tú crees. A decir verdad, yo tuve una época similar a la que estás pasando ahora mismo: no salía de mi casa porque no conocía a nadie con el que tuviera gustos en común. Los demás muchachos de mi edad me parecían, todo sea dicho, tremendamente estúpidos. Todo eso cambio cuando, navegando en internet, do con un foro integrado por gente otaku de mi localidad que acostumbraba a hacer quedadas muy a menudo. No dudé en registrarme, y me integré muy fácilmente. Allí encontré amigos de verdad, personas nada superficiales que me aceptaron y me trataron como un hermano, personas, además, verdaderamente interesantes con grandes inquietudes culturales que llegaban incluso a trascender lo plenamente ligado al mundillo japonés. Desde entonces no me pierdo ni una sola quedada, las cuales suelen ser estar repletas de conversaciones interesantes, risas, momentos épicos y, ante todo, cariño y afecto entre nosotros. ¡Benditos sean los otakus, título que me adjudico muy

orgullosamente!

—Yo también, primo, y te envidio mucho. Pero debes comprender que en este lugar alejado de la mano de Dios lo último que habrá será un foro otaku.

—En eso llevas toda la razón, y te compadezco muchísimo. ¡Una lástima! Debe ser muy aburrido vivir aquí... aunque supongo que no tienes intención de quedarte en este lugar toda tu vida, ¿verdad?

—Es obvio.

—En ese caso no dudes acceder a un foro así en caso de que te mudes a una ciudad más grande.

Y así había actuado nada más llegar a Selenópolis: bastó con poner en Google "otaku Selenópolis" y en la primera entrada había un link al foro de un grupo de estas gentes que se había formado muy recientemente. En dicha página Ángela había podido ver muestras de su actividad: al parecer, ya se habían llevado a cabo tres quedadas, y prueba de ello eran la multitud de fotos que había subidas. Reflejaban estas una algarabía que a Ángela le pareció entonces entrañable, mostrando un radiante grupo heterogéneo lleno de vitalidad, donde cada uno vestía como mejor le parecía, siendo los atuendos estafalarios algo común y dotando a la comunidad de envidiable colorido. Ángela, muy entusiasmada, no tardó en registrarse y postear presentándose, mensaje en el que mencionó su trabajo con el manga que publicaba semanalmente gracias a la Fundación Cultural García Lorca. Ella creía que su cómic gozaba de cierta reputación y fama en el mundo otaku, por lo que creía que ser quien era le iba a facilitar mucho las cosas en aquella comunidad de Selenópolis a la hora de integrarse con los demás. Probablemente más de uno conociera su obra de oídas, e incluso cabía la posibilidad de encontrar allí a más de un fan suyo. Entusiasmada por ello, tras publicar el post no dejó aquel día de actualizar la página, ansiosa de encontrar al menos una docena de respuestas antes de que llegara la noche. Para su sorpresa, su mensaje no recibió contestación alguna hasta que no pasaron tres días, y solamente hubo dos: la primera fue de la administradora del foro, que acostumbraba a dar la bienvenida a todos los nuevos, y la segunda fue de un usuario tan poco imaginativo que el único método del que disponía para engrosar su contador de mensajes se basaba en atiborrar el subforo de spam y en responder todos y cada uno de los post de presentación con un prototípico mensaje que descaradamente copipasteaba.

No desalentada por esto, Ángela decidió responder el post que hablaba de la siguiente quedada confirmando su asistencia, antes de lo cual se ocupó de obtener un atuendo que le permitiera concordar con los demás: las orejas de gato —de neko— con las que había ido al banquete de Enrique

Portillo, una camiseta y una falda algo más alternativas de lo habitual. Estuvo a punto de comprarse un uniforme de colegiala japonesa, de esos que tienen un pañuelo de marinera, pero desistió cuando reparó en el precio, algo que no podía permitirse.

Los días siguientes estuvieron formados por nervios a flor de piel y mariposas en el estómago, hasta que finalmente llegó la tan ansiada mañana en la que iba a conocer a sus hipotéticos nuevos amigos. Con el corazón en un puño y tras un desayuno frugal, Ángela se dirigió hacia la tienda de cómics en la que la quedada tenía lugar. Se presentó a todos ellos, mencionando su nombre real y su nick en el foro, y fue respondida de forma muy correcta y educada. El globo de felicidad que se había formado en su corazón en aquel momento era inmenso.

El resto del día lo pasó intentando desesperadamente integrarse en una conversación interesante al tiempo que contemplaba cómo dicho globo de felicidad se deshinchaba.

Que la hierba del parque le resultara más interesante que el idílico ambiente que la rodeaba sólo podía explicarse atendiendo a tres posibles premisas: o bien Juan Valero se había reído de ella, o el foro al que pertenecía su primo era muy diferente al de Selenópolis, o sus formas de percibir el mundo eran completamente distintas.

Únicamente se habían dirigido a ella cuando se presentó, siéndoles el resto del tiempo completamente indiferente. Su subconsciente ya veía venir esto, teniendo en cuenta que ya en el foro sus kilométricos mensajes siempre habían sido ignorados. Que ella fuese dibujante de manga no contribuía en nada: ninguno de los allí presentes conocía su trabajo. De hecho, pocos de ellos salían de las cuatro series más conocidas y simplonas de mayor auge en internet. Fue absurdo, por todo ello, no solo hablar de su manga, sino intentar emplear su bloc de dibujo, repleto de improvisaciones, con el fin de acaparar la atención de los demás.

Sin embargo, al llegar a ese punto en su elucubración sintió un escalofrío. ¿Su cómic realmente se había vendido bien? En aquella quedada había al menos cincuenta personas, y ninguna parecía reconocerla. Todas ellas pertenecían, en teoría, a la minoría de residentes de Selenópolis aficionados al cómic. Ángela se había dado cuenta de que les gustaban los comics y los mangas, sí, pero de la misma forma que le gusta la música a una persona que no escucha nada más allá de los 40 principales. Quedaba descartada, por tanto, la posibilidad de que ellos fueran los consumidores de sus obras —ellos y el resto de usuarios del foro, quienes tampoco habían despertado entusiasmo u asombro ante su presencia—. ¿Quiénes eran, pues, los encargados de engrosar su cuenta bancaria?

Al plantearse aquella cuestión, el escalofrío se convirtió en un horrible vértigo. Siempre le habían horrorizado los elementos de su vida que carecían de explicación, y en aquel momento estaba ante uno de ellos. ¿Dónde estaban sus fans, esos que según el señor Juárez salían de debajo de las piedras? ¡Desde luego, allí no! Y para colmo no tenía un solo gusto en común con toda esa gente. No ya solo dentro del cómic, sino en general. El cantante favorito de la mayoría de los allí presentes era Kurosuke, autor de una música enormemente aborrecida por Ángela.

Resultaba que al tal Kurosuke Ángela lo conocía de vista, puesto que su discográfica no era otra que el Fondo Cultural García Lorca, y su mánager, por consiguiente, Moisés Juárez. Se había topado con él, por tanto, en un par de ocasiones: primero, en una reunión de la fundación; luego, durante la cena del señor Portillo, momento en el que Ángela se había divertido mucho al ver cómo Kurosuke no captaba una sola de las ironías de aquel entrevistador que tanto ahínco tenía en ridiculizarlo todo. La opinión que la dibujante tenía, por tanto, de aquel cantante era más bien pésima: no ya solo por el vacío de su sesera, que aquella noche había quedado más que demostrado, sino también por su música, que a oídos de Ángela no era más que un refrito de los estilos de rock duro más comerciales sazonado con letras en un japonés poco natural que hablaban a base de desagradables gritos de lo muy mal que le había tratado la vida y de su oscurísimo y atormentadísimo pasado. La dibujante consideraba, por tanto, que si había tenido tanto éxito e impacto entre la gente joven más alternativa se debía esencialmente a la imagen y a la estética —al igual, bajo su criterio, que casi toda la música popular—. Una horda de esteticistas y asesores de imagen, contratados por el señor Juárez y todos ellos expertos en psicología juvenil, le indicaban a Kurosuke qué decir, de qué debían hablar sus letras, cómo debía vestir, de qué color teñirse el pelo, cuántos trozos de hierro clavarse en la piel o hasta qué punto podía permitir la física la dilatación de sus oídos. Lo más irónico de todo era que sus fans acostumbraban a presumir de que no seguían a la masa por escuchar a un “alternativo” cantante que gritaba en japonés en lugar de escuchar las ñoñerías canturreadas por gente sin talento que la radio y los teléfonos móviles de la mayoría de las preadolescentes emitían sin cesar. A ojos de Ángela, el mismo perro con distinto collar: su principal diferencia se basaba en el nivel económico de Kurosuke, muy inferior al de un artista convencional. El señor Juárez le había contado que las ventas de los discos de él apenas alcanzaban a las de los tebeos de ella.

Ello fue el origen de un nuevo escalofrío. En aquella quedada, Ángela había podido comprobar de primera mano que la gente como Kurosuke gozaba de mucho mayor éxito y aceptación entre las personas algo más alternativas de Selenópolis. En la colonia proliferaba la desidia absoluta y la falta de inquietud general. ¿Cómo podían, pues, ganar ella y Kurosuke la misma cantidad de dinero, teniendo el segundo mucho más éxito? Incapaz de tranquilizarse y de volcar su mente en otras cuestiones —como abandonar aquel lugar, pues ya iba siendo hora—, quiso al menos

acercarse al fondo de aquel turbio asunto.

—¡Hola! —dijo, acercándose alegremente a un grupo de muchachas.

—...¡y mañana mismo me llega el vestido! Es super monoso. ¡También me voy a teñir el pelo! ¿Creéis que Kurosuke se fijará en mí en su próximo concierto?

—A lo mejor, ¡si no voy yo!

—Esto... ¿hola? —insistió Ángela, al ver que la ignoraban.

—Hola —respondió una de las muchachas con cierto tono de ira en su voz.

—¿Sabéis cuánto valen los discos de Kurosuke?

—¿Y yo qué sé? Nunca me he comprado uno —replicó, retomando la conversación que había dejado a medias.

—Pero —insistió Ángela, volviendo a interrumpir—, si tanto os gusta, ¿cómo es que no os habéis comprado nunca un disco suyo?

—¡Porque internet está para algo, hija mía! ¡Y ahora, déjanos en paz!

Ya iba Ángela a tildar a aquella muchacha de poseedora de una mentalidad cerril y poco abierta a conocer gente nueva, cuando lo que vio a continuación la condujo a una conclusión muy distinta: aquella chica se estaba acercando a otra muchacha, la cual vestía un uniforme de colegiala japonesa —de esos a los que Ángela no había podido acceder debido al precio— y llevaba el pelo teñido de los más estrambóticos colores.

¡Un hurra por Juan Valero! Él le había indicado que, si apreciaba tanto a los otakus se debía, entre otras cosas, a que eran personas poco superficiales.

—Si te ha supuesto un problema para relacionarte el no llevar ropa de marca, el no ir a la moda, no tendrás que preocuparte por ello si consigues asistir a una quedada otaku —le había dicho su primo—, ya que allí cada uno viste como quiere. La gente no se fija en la ropa, sino en lo interesantes que son los demás y en lo mucho o poco que saben de manga y anime.

Ángela se planteó en serio la posibilidad de que Juan y ella vivieran en realidades paralelas. El futuro inmediato se tornaba cada vez más gris y frío: se había propuesto llegar al quid de la cuestión en lo referente a aquel asunto de la Fundación Cultural García Lorca con el fin, aparte de saciar su curiosidad, de pasar el rato, de evitar que tan ansiado día se

convirtiese por completo en un aburrimiento mortal. Sin embargo, siendo las demás chicas de la quedada tan poco receptivas con ella, tenía muy difícil ahondar en aquella ocasión sin recibir más miradas de desprecio. No queriendo concluir lo que quedaba de día encerrada en su cuarto, decidió armarse de valor y de frialdad para poder soportar tantas burlas y miradas por encima del hombro como hicieran falta hasta poder averiguar la verdad escondida tras todo aquello.

—¿Cuánto vale la entrada de los conciertos de Kurosuke?

—¡Pues yo qué sé, dependerá del concierto! Pero no mucho, la verdad, no llega a cinco pavos... ¡Suele actuar en salas cutres, el pobrecito! Y los cantantes esos de pop que han emigrado de España acaparan el auditorio municipal... ¡no es justo! ¡Con lo kawaii que es mi Kurosuke!

Los conciertos no llegaban a cinco pavos y ninguno de los allí presentes parecía haber comprado o estar por la labor de comprar un solo disco suyo.

—¿Kurosuke suele dar conciertos muy a menudo?

—¡Ojalá! Y no entiendo por qué... ¡yo iría siempre, y como yo, cien más!

Ángela no tuvo que soportar muchas más miradas de desprecio ni respuestas llenas de ira para percatarse de lo muy irreal que era el que ella y Kurosuke ganasen tanto al mes. Eran entonces las seis de la tarde y el simulador de cielo instalado en la cúpula de Selenópolis empezaba a emular los tonos rojizos propios del atardecer, momento del día que, si bien cuando era natural solía deprimir mucho a Ángela, siendo tan mecánico y artificial mermaba por completo sus ganas de vivir.

Seis horas habían sido suficientes para confirmarle que Selenópolis no podía suministrarle la estabilidad y felicidad que buscaba cuando decidió mudarse a la colonia. No encontraría allí ni amigos ni gente que pudiera admirar su obra. Podía viajar hasta Saturno si hacía falta que seguiría siendo la chica invisible, no importaba que no hubiera hecho nada para merecerlo. Desesperada por ello, abrió el cuaderno que siempre llevaba a mano y se puso a pintarrajear ideas sueltas, bocetillos, caras grotescas y múltiples fantoches. Todo le pareció ridículo. ¿Era realmente capaz el mundo exterior de mermar su talento, si es que alguna vez había tenido? No queriendo machacar más su cabeza al respecto y con esperanza de encontrar consuelo en alguna serie o similar, se fue del parque en el que tenía lugar la quedada y se encaminó hacia el piso de alquiler en el que vivía.

Que durante el camino se topase con un trajeado y engominado Moisés

Juárez fue la guinda de aquel irónico pastel.

—¡Dichosos los ojos, Ángela! ¡Qué placer encontrarme con uno de los mayores exponentes del renacer del arte y la cultura españolas! ¿Cómo te encuentras, mi dibujante favorita?

No hubo respuesta, pero Moisés pudo advertir el rojizo de sus ojos.

—¿Estás bien, muchacha?

—Sí... estoy perfectamente, señor Juárez. Pero estaré mejor cuando sepa algo que no tengo muy claro. Algo que usted sí sabe.

—¿De qué se trata, rica mía?

—Usted me dijo que mi obra ha triunfado. Que centenares de personas aguardan impacientes en las tiendas de cómics la salida del próximo número. Que pasaré a la historia y seré recordada como la mujer que resucitó el cómic al estilo japonés.

—¡Y así es, cielo! ¡Es muy evidente que va a ser así! ¿Qué te hace pensar lo contrario?

—Hoy he estado en una quedada otaku, señor Juárez. Como comprenderá, llegué a Selenópolis sin conocer a nadie y necesitaba algo de compañía.

—¡Y haces muy requetebién! ¿Qué problema te puede suponer eso?

—Nadie de allí conocía mi obra. Nadie la había leído, ni mucho menos comprado. Pero mi cuenta bancaria recibe cada mes una suma aceptable por parte de la Fundación Cultural García Lorca.

—¡Oh, ellos se lo pierden! Tu obra es algo muy minoritario, pero entre todas las personas con criterio forman un grueso bastante amplio que nos beneficia económicamente a los dos.

—Si ese grueso fuese realmente real, digo yo que al menos uno habría asistido a la quedada y me hubiese reconocido.

—Querida mía, no esperes que algo tan minoritario como lo tuyo localice todos tus fans en una ciudad como Selenópolis.

—¿En dónde, si no, se leen mis obras?

—¡En distintas zonas de España, claro está! Desperdigados por la península circulan tus tebeos, y, si bien tus admiradores están en lugares

muy localizados, juntos forman un verdadero ejército.

La esperanza volvió a nacer.

—¿La Fundación Cultural García Lorca distribuye fuera de Selenópolis?

—¡Hombre, está claro! Es más, hace poco en Barcelona se ha hecho una congregación de fans de tus cómics.

Ángela regresó a su casa contenta como unas castañuelas. Tal era su algarabía que incluso llegó a tirar las orejas de neko a la papelería más cercana. Ya no le servían para nada. El enorme vértigo que había sentido aquel día no tenía razón de ser, no eran más que paranoias suyas: por mucho que hubiese temido lo contrario, por primera vez en muchos años gozaba de algo del tan merecido reconocimiento. Que no fuera en Selenópolis no le importaba: residir en aquella ciudad era necesario para poder dar a conocer su obra. La ciudad no era más que un medio para alcanzar un fin. Aquella misma noche decidió, muy entusiasmada, buscar en internet información sobre esa congregación de fans suyos en Barcelona.

Pero no encontró nada.

Capítulo 4

Batidos de vainilla

—El otro día, mientras trabajaba, no pude evitar acordarme de ti y de ese artículo en el que hablabas del matrimonio homosexual.

—Lo típico, ¿verdad? Imagino que algún chavalillo recibirá la ira de los demás con la excusa de que es mariquita —comentó Billy, mirando por la ventana de la cafetería.

—Oh, para nada, pero no hubiese sido de extrañar —respondió James, algo melancólico—. Aquella mañana pasaron muchas cosas, ya lo creo. Tengo, sin embargo, especialmente grabado en la memoria un momento en el que un muchacho me dirigió una sonrisa burlona al tiempo que comentaba la absoluta indiferencia que sienten sus padres ante su educación y su conducta conflictiva. Dicha sonrisa no ha dejado de aparecer desde entonces en mis pesadillas. Supongo que representará mi enorme frustración al poder hacer tan poco ante una situación tan injusta.

—Nunca será poco mientras hagas todo cuanto está en tu mano, James. No obstante, ¿qué tiene que ver todo eso con mi artículo? He escrito centenares sobre la educación, pero en ese hablaba de temas muy distintos. Entra dentro de una serie de artículos protesta a favor de las minorías oprimidas no heterosexuales. Como asexual que soy, éste es un tema que me afecta especialmente.

—Ya. Pero no lo decía por eso. Hablabas de los distintos países y gobiernos que han aceptado el matrimonio homosexual con ciertas condiciones, como la de verificar si una pareja está cualificada a la hora de adoptar hijos. Basabas tu crítica en una regla de tres según la cual todas las parejas deberían ser examinadas, sea cual sea su sexualidad, al acarrear la responsabilidad de criar a un hijo. Que personas como los padres de ese chaval del que te he hablado puedan tener hijos y educarlos, y que ello goce de completa aceptación en nuestra sociedad, me hace pensar que esa regla de tres tuya se debería llevar a cabo.

—Se debería, sí. Ahora, ¿cómo pretendes arrebatarme tanto niño de tanto padre tan furibundo? No podemos más que teorizar e intentar, por lo pronto, lograr la igualdad de oportunidades. Si cualquier heterosexual puede criar un hijo, también puede hacerlo cualquier homosexual.

Jackson no era asexual ni homosexual. Por mucho que afirmase simpatizar con esa causa y luchar por los derechos de la gente, no podía

entender lo que era estar en un grupo oprimido por su sexualidad.

Pero entendía de opresiones de otro tipo. Opresiones de padres a hijos. Temas que de un modo u otro siempre le habían resultado bastante cercanos. Cuando descubrió a Billy, creía que éste también estaba implicado en esas cuestiones. Por eso había acudido a él en busca de feedback, de un individuo que le diese la razón en todo.

Sin embargo, parecía que todo lo que dijo Billy sobre la opresión de los padres a hijos era un argumento en defensa de los gays, tema que a Jackson le traía sin cuidado. Pese a todo, no se rindió y continuó luchando por obtener su ansiado feedback.

—Eso, amigo mío, no es igualdad de oportunidades —prosiguió James, tras meditarlo—. Por mucho que hablemos de derechos universales, el que un niño nazca en una mala familia condiciona negativamente su vida, ¿y realmente lo merece? No. Yo no guardo rencor a ninguno de los alumnos que tantos quebraderos de cabeza me están dando, sino a sus padres, los verdaderos responsables. Los pobres chavales no son más que víctimas. ¿De qué sirve gritar por los derechos de los homosexuales, de las mujeres y de las personas de distintas razas si no podemos defender un derecho tan elemental como el del entorno bueno?

—Comprendo tus obsesiones y me gustaría poder darte una respuesta satisfactoria. Sin embargo, no tengo poder alguno para cambiar una realidad tan triste. No puedo más que señalar injusticias a la espera de que personas con más poder que yo me escuchen y decidan actuar.

—Y tu trabajo no es inútil. ¡Mira a tu alrededor, Billy! Fíjate en esta cafetería. Fíjate en la camarera que hay tras la barra. Ni este lugar ni ella tendrían trabajo de no ser por ti, al igual que el resto de la población de Selenópolis. ¡La colonia existe gracias a ti!

—¿De qué estás hablando, James? Yo no tengo ningún tipo de relación con este sitio. Vine el viernes pasado y me voy este domingo.

—Sí que la tienes, Billy. Fueron tus palabras las que nos motivaron a mí y a Emma a apiadarnos del pueblo español, a pensar que merecían una oportunidad en la iniciativa colonial. Con tal fin en mente hablamos con Harold y financiamos todo esto: el transporte, los generadores de gravedad, los de oxígeno, las infraestructuras...

—Sé muy bien que el dinero es poder y me reconforta que el poder no solo esté en mano de los depravados. No obstante, ninguna cantidad de dinero puede cambiar ciertas leyes sociales destinadas a permanecer incrustadas en la humanidad. ¡La crisis! Las personas deberían tener una visión más global a la hora de tratar ese tema. Un pueblo en el que brota una crisis no es sino una entidad que se automutila, un cadáver que se

devora a sí mismo. La crisis, si bien ha sido advertida ahora, viene arrastrándose desde centenares de años atrás. Pensar que puedes solucionar algo así mediante el dinero sólo te traerá frustraciones, amigo mío. Al escoger cierta porción de un pueblo en crisis, aislarlo y darle el nombre de Selenópolis no estamos haciendo que sus habitantes sean inmunes a la crisis, sino arrastrándola con ellos.

—¿Hablas de crisis en Selenópolis, Billy? ¡No te entiendo! Y... ¡espera! ¡Fíjate! ¿Quién es esa señorita que parece tan perdida? ¿No es la muchacha que estaba sentada a mi lado en la cena del señor Portillo?

—Es, si mal no recuerdo, la señorita Ángela Valero, autora de cómic.

Resultaba que aquel mismo día Ángela había llegado a la conclusión de que el torbellino de dudas que tanto la atormentaba estaba muy lejos de ser disipado permaneciendo todo el día en su casa, aunque no tuviera plan ninguno ni el exterior le ofreciera personas con las que charlar y despejar su mente. Por ello había decidido dirigirse, portátil al costado, a la cafetería más cercana, pues la soledad de allí resultaba más reconfortante que la de su oscuro cuarto.

—¡Señorita Valero! —exclamó James Jackson— ¡Venga usted aquí y tómese algo con nosotros, no esté sola!

Tales palabras supusieron para ella gran regocijo: si bien apenas conocía a aquellos dos individuos, en el banquete de Portillo le habían dado una impresión bastante agradable, y quizá una oportuna charla en aquel momento diese pie al comienzo de una muy ansiada amistad.

—¿Se acuerda usted de mí? Soy James Jackson, maestro del Colegio Público Antonio Marqués y Espejo —dijo James, estrechándole la mano.

—Billy Sammet, reportero —dijo Billy, saludándola con dos besos como buen conocedor de las costumbres españolas.

—¿Quiere usted tomar algo, muchacha? —preguntó James.

—Oh, no es necesario, de veras...

—¿Cómo que no? ¡Camarera! ¡Ponnos otro batido de vainilla, esta vez para la niña! Porque a usted le gustan los batidos de vainilla, ¿verdad, Ángela?

—Me encantan, señor Jackson, ¡es usted muy amable! Y llámame de tú, por favor.

—¡Oh, sin problema! Pues resulta, Ángela, que tu repentina aparición resulta especialmente oportuna para la apacible discusión que estoy teniendo con Billy Sammet, ya lo creo. Mi querido amigo opina, y no sin motivos, que un pueblo en crisis está condenado a arrastrarla consigo allá a donde vaya. Yo difiero por completo de tal afirmación, y creo que tú eres la prueba viviente de que Billy está equivocado. ¡Eres autora de cómic, y puedes ganarte la vida gracias a tu talento, ver tus sueños hacerse realidad!

—Sí... pero todo esto me parece muy onírico. Y no termino de asimilar que sea verdad. He asistido a una reunión de aficionados al cómic en esta ciudad, y ninguno conocía mi obra. Eso me asustó. No sabía de dónde podía provenir el dinero que me da de comer y que paga mis facturas... dudas que me resolvió el señor Juárez, gracias al cielo.

—Vaya, vaya —dijo Billy tras escuchar ese nombre—, ¿qué fue lo que te dijo? ¡Debe ser tan magnánimo y bondadoso con todos vosotros!

—Mis cómics tienen mucho éxito, pero en la península. Y espero que sea verdad. Lo cierto es que estuve buscando en Google información sobre una asociación de aficionados a mis obras de la que me habló el señor Juárez y la búsqueda no me devolvió resultado alguno.

La respuesta de Billy fue una burlona carcajada.

—Te creía una persona más inteligente, Ángela.

—¿Qué?

—Aún en la gente de tu edad es inusual semejante muestra de ingenuidad. Replantéate bien lo que el señor Juárez te ha dicho. ¿Cómo demonios va a distribuir la Fundación Cultural García Lorca tus tebeos a España?

—Con cargueros, ¿no?

—Ángela, no existe comercio alguno entre Selenópolis y España. Ambas son a efectos prácticos naciones independientes. No quieren saber nada la una de la otra. Es más: Selenópolis, al igual que el resto de las colonias, se encuentra aislada, y nunca mejor dicho, del resto del mundo. Si todo esto fuera poco, me gustaría recordarte que un viaje entre España y Selenópolis posee un coste puntiagudamente elevado, por lo que únicamente se han llevado a cabo los viajes imprescindibles y todos ellos financiados por Emma Holmer. Los generadores de oxígeno y de gravedad son incluso más baratos que el combustible y el mantenimiento necesario para que ese tipo de viajes sean una realidad. No, la idea de comercio entre Selenópolis y España es absurda... los habitantes de este lugar, por ello, ni siquiera se han planteado la exportación de productos más

básicos, ¿qué sentido tendría que se pusieran a distribuir cómics?

—¿Y a otras colonias?

—Podría ser, pero recuerda que ésta es la única que habla español. ¿Tienes constancia de que tus obras hayan sido traducidas?

—No.

—No hay más que decir, pues. El señor Juárez se ha reído en tu cara y tú has sido lo suficientemente ingenua como para creértelo.

—Sigo sin entenderlo —dijo Ángela, algo sudorosa—. ¿De dónde viene entonces el dinero que me ingresan? ¿Es esto un sueño, o qué?

—Oh, me gustaría poderte dar una respuesta. ¿Ves ahora, querido James, a lo que me refería al hablar de crisis eterna? Los habitantes de Selenópolis tendrán trabajo, pero no ha incrementado su interés por la cultura. No hay en esta ciudad nada que favorezca un cambio a ese respecto. Que haya una fundación cultural que dé soporte y un nivel de vida elevado a más de media docena de artistas totalmente dispares y no precisamente comerciales es totalmente surrealista, al igual que el palacio del señor Juárez.

—¿Me estás diciendo que sufro esquizofrenia o algo así?
—protestó Ángela.

—¡Ojalá! Esa sería una explicación sencilla que nos quitaría muchas complicaciones. No, querida mía: no te puedo dar una explicación concreta, pero es más que obvio que se oculta algo oscuro, muy oscuro, tras eso que llamáis Fundación Cultural García Lorca.

—¿Y yo qué puedo hacer? ¡No me gusta meterme en líos! Yo solo vine aquí para ganarme la vida gracias a mi trabajo, ino para mezclarme con gente extraña! —dijo Ángela, fuera de sí.

—Limítate a tener presente que aquí puedes trabajar en lo que realmente te gusta y ganar una cantidad de dinero más que aceptable —intervino James—. En España, créeme, estabas a años luz de lograr algo así: probablemente estarías muriéndote de hambre y revolviendo en la basura. ¿Qué más da lo demás? Céntrate en lo que de verdad importa. Selenópolis está en vías de convertirse en una de las ciudades más próximas al paraíso y detalles tan nimios no lo impedirán.

—Todo eso me parece muy bien, pero deberías saber que dibujar cómic me provoca una enorme sensación de vacío cuando tengo tan poco

reconocimiento —repuso Ángela.

—El reconocimiento jamás depende del esfuerzo de uno, sino de otros factores —comentó Billy—. Deberías asumirlo. Si lo asumes desde luego podrás ver Selenópolis con más claridad que el señor Jackson.

—Creo que puedo llegar a comprender el motivo de tu disgusto, Billy Sammet —dijo James, sin parecer ofendido—. Tus críticas tienen mucha lógica, pero creo que todo puede solucionarse si se pone empeño en ello. Parecía imposible que un español pudiera encontrar trabajo, y de pronto aparece Selenópolis ofreciendo a diestro y siniestro. Ahora parece imposible que el pueblo de Selenópolis pueda acoger a la madre cultura en su seno, pero digo yo que algo podremos hacer para evitarlo. ¿Qué propondrías al respecto, Billy?

Billy se encogió de hombros, cansado.

—No he venido a este lugar con el objetivo de buscar, señalar y solucionar todos los problemas que haya. Solo estoy haciendo un reportaje para el canal Moonwatcher centrado en la vida y obra del señor McClaw. Me voy a ir, de hecho, esta misma semana. Como comprenderás, prefiero tomarme estos días de descanso en lugar de quebrarme la cabeza buscando soluciones a lo insolucionable. Me parece aplaudible que tú, James, tomes la valiente decisión de luchar en una batalla de antemano perdida: solo pido que intentes comprender mínimamente a las personas que, como yo, prefiramos dedicarnos a otros asuntos en los que nuestra presencia y habilidades sean mucho más necesarias.

—Yo te haré creer en lo contrario, Billy Sammet. De aquí a cinco años lograré que el bien se imponga al mal en Selenópolis, y entonces regresarás aquí con el fin de hacer un reportaje sobre la primera utopía conocida de la historia de la humanidad, un reportaje que alumbrará al universo entero y mostrará el camino a seguir, sí...

La sonrisilla que tales palabras hicieron brotar en Ángela no pasó desapercibida para ninguno de sus interlocutores.

—Es que tus palabras me han recordado a las de los protagonistas de muchas de las series manga más comerciales —se justificó la muchacha—, de esas en las que todo es muy sencillo, de esas en las que basta con tener confianza en uno mismo y con esforzarse mucho para solucionar todos los problemas. De esas que a mí me parecen tan irreales y disparatadas, de esas que he intentado trascender a la hora de dibujar mi cómic.

—A mí, sin embargo, me ha recordado a Don Quijote —comentó Billy—. Un héroe de novela de caballería, o lo que sería un héroe de shonen manga a día de hoy, en un mundo que no quiere héroes, que no

permite héroes, que desdeña a los héroes. Debes saber, James, que todo intento de heroicidad en un mundo como en el que estamos siempre me parecerá, tal y como cuando leí El Quijote, admirable. Creo, sin embargo, que Emma y tú ya habéis hecho mucho por ayudar, o al menos intentarlo, a los demás. Tu conciencia debería estar más que tranquila. ¿A qué se deben, pues, esas ideas tan disparatadas?

—¿Qué es lo que te pasa, amor mío? —preguntó Emma aquella noche— Te noto inquieto. ¿No te ha resultado satisfactoria la conversación con Billy Sammet?

—No... no es eso. Estoy bien. Aunque, a decir verdad, creo que hay algo que bien podrías hacer por mí.

—Dime de que se trata y me pondré a ello inmediatamente.

—Moisés Juárez. Quiero saber quién es.

—El presidente de la Fundación Cultural García Lorca, ¿no? Creo que es obvio.

—No, Emma. Quiero saber quién es... realmente. Tú eres la persona realmente poderosa de este matrimonio: yo no soy más que el consorte. Tú posees recursos, contactos, influencia... ¡amiga íntima de Harold McClaw, cielos! Creo que no te va a resultar muy difícil averiguar la verdad.

Solo hicieron falta dos días más para que James tuviera al alcance de la mano hasta los detalles más ínfimos de la vida del señor Juárez.

—Amor mío, ya que lo sabes todo, ¿quieres que hagamos algo al respecto? Te recuerdo que yo tengo poder, mucho poder, el suficiente para que Selenópolis baile a mi son. Dame dos días más y el señor Juárez perderá su puesto, sus operaciones serán detenidas y será desterrado de Selenópolis. Dame tres días y se convertirá en cadáver.

—Nada de eso. Me gustaría contactar con él. Es más, me gustaría ser amigo suyo.

—¿Te has vuelto loco, James? ¿Con una persona así? ¡Si precisamente huíamos de este tipo de gente al abandonar Hollywood!

—No me agrada la idea, he de reconocerlo. Pero su compañía, Emma, es necesaria. Él posee recursos que ningún otro ser humano

posee, recursos que pueden ser de gran utilidad para instaurar la utopía.

—¡Me estás asustando, James! ¿Qué pretendes?

—Tranquila... tranquila, amor mío. Por el momento nada. Utilizar al señor Juárez no es más que el plan B, la solución más extrema. Se me ocurren, sin embargo, muchas otras vías más apacibles. Por lo pronto, me gustaría que me concertaras una cita con el señor Portillo. Tengo muchos asuntos de los que hablarle, asuntos que pondrán a prueba esa ética de gobernante de la que tanto presume.

Capítulo 5

La víctima

—Agradezco su interés, señor Jackson, pero su propuesta no solo carece de sentido alguno, sino que entorpecería nuestro programa electoral y mermaría la confianza que los ciudadanos han depositado en el PEDS —se justificó Enrique Portillo con vehemencia.

—Creo que usted no me ha entendido bien. Le estoy proponiendo hacer un balance de prioridades, algo que Selenópolis, y la humanidad en general, debería hacer. Medítelo y verá que rechazar mi propuesta tan repentinamente es una verdadera obscenidad —replicó James Jackson.

—Es precisamente por tener claro cuáles son las prioridades por lo que rechazo su propuesta. Las personas vinieron a Selenópolis buscando estabilidad, y lo que usted propone llenaría la colonia de tensiones.

—La colonia ya está llena de tensiones, señor Portillo. Que usted y su partido político decidan ignorarlas me parece muy bien, pero no desaparecerán... cuando despierten, el dinosaurio seguirá estando ahí.

—Usted me está hablando de problemillas inevitables, de...

—Gilipolleces, ¿verdad? —bramó Jackson, fuera de sí— Gilipolleces que es mejor asumir e ignorar. Es estúpido cogerse un sofoco por estas gilipolleces, ¿a que sí, señor Portillo? ¡Dígalo usted, vamos!

—Váyase usted de aquí o llamo a la guardia de Selenópolis.

—Mi vida, ¿cómo ha ido la entrevista con el señor Portillo?
—preguntó Emma, condescendiente.

—Predecible, muy predecible.

—¿Cómo he de interpretar eso?

—Como quieras. Si he decidido agotar esta vía antes que ninguna otra ha sido por pura ética, pero sabía muy bien cuál iba a ser el resultado.

—¿Y ahora qué viene?

—Fundar nuestro propio partido político y ganar las elecciones, obviamente. Otra vía que agotaré también por pura ética. Después de eso, el muy amable señor Juárez nos echará una mano.

Al día siguiente tuvo lugar la primera jornada de trabajo algo apacible para el señor Jackson, a pesar de que uno de sus alumnos estuviera toda la mañana alborotando de las más variopintas formas posibles. James, en lugar de alterarse, le respondió con una amable sonrisa y le ofreció una videoconsola portátil.

—Un entretenimiento mucho más productivo, pacífico y respetuoso con tus compañeros.

—¿Es pa mí? —preguntó, sorprendido, el chico en cuestión.

—Lo será si, al terminar la clase, me permites tener una tranquila conversación contigo.

—¡Toma ya! ¡Mirad lo que me ha regalao, pringaos, y sin hacer na!

Aquellas chanzas fueron los últimos coletazos del diablo perturbador que aquella mañana había poseído su cuerpo. El resto de la hora hasta que sonó la sirena transcurrió sin más disturbios que las quejas de los demás compañeros ante lo que a sus ojos era un inmerecido premio.

—Bueno, Samuel, la clase ha terminado. Como acordamos, no te puedes ir a tu casa. Tienes que hablar conmigo...

—¡Sí, vamos, échame la bronca ya!

—No, Samuel. No estoy aquí para echarte ninguna bronca. Créeme, hay muchas otras personas que se merecerían una bronca mucho más que un niño de ocho años, y apenas les he dicho nada.

—¿Entonces?

—Estás aquí para hablar, Samuel, y yo estoy aquí para escucharte.

—¡Venga ya! ¡Lo de siempre, quieres que te diga por qué he sío

tan malo pa luego echarme una bronca o castigarme!

—No, Samuel. No te voy a castigar. Es más, te voy a regalar la consola que te he prometido. Simplemente tienes que hablar y responder a las preguntas que haga.

—Bueno...

—¿Qué esperas conseguir comportándote así?

—¡Yo me porto como me da la gana!

—Creo que no has entendido bien mi pregunta. Cuando te pones a gritar, a pegarle collejas a tus compañeros, a lanzar los libros por la ventana... ¿qué es lo que esperas? ¿Cómo te gustaría que reaccionaran los demás? Algún objetivo tendrás, ¿no?

—¡Pos no! ¡Lo hago porque me sale de los cojones y ya está!

—Entiendo. Visto lo visto, te haré otra pregunta. ¿Qué es lo que más te gusta de comportarte así?

—¡Me gusta tó!

—Habrá algo que te resulte especialmente agradable. Ten en cuenta que cada vez que actúas así se desencadenan una serie de variopintas consecuencias... ¡vamos, que de esto depende llevarte o no la consola a tu casa!

—Pos que tos me miráis —confesó Samuel, tras unos instantes de reflexión.

—¿Y por qué te gusta que te miren?

—Pos no sé.

—Piénsalo bien, Samuel. Tenemos todo el tiempo del mundo. Pero yo no me quiero ir de aquí sin que me digas lo que quiero saber, y tú no te quieres ir de aquí sin la consola... ¿verdad?

—Porque es el único sitio en el que me miran.

James Jackson sonrió. Todo iba sobre ruedas.

—¿Ah, sí? Eso es muy raro. Tú vives en una casa con un papá y una mamá. Ellos te mirarán, ¿no?

—¡Ojalá!

—¿Quieres decir que no te hacen caso, Samuel?

—¡Pos no! ¡Se están to el día gritando! ¡Y hacen mucho ruido! Y yo les digo que paren. Y lloro. Y les grito. Y digo palabrotas, muchas palabrotas. Pero pasan de mí. Me dicen que yo a lo mío. Que les deje a ellos con sus cosas. ¡Pero no me gusta, porque están tos los días así!

—Tus padres son, en ese caso, terriblemente malos, ¿no crees?

—¡Mucho! —exclamó Samuel, rompiendo a llorar— ¡Mucho! ¡Son unos hijos de puta!

—¿Y qué más?

—¿Eh?

—¿Qué más son tus padres? Vamos, creo que conoces muchas más palabras malsonantes, ¿me equivoco? Quiero que las digas todas. Una por una. Tal y como lo sientes. ¡Vamos, alto y claro!

La ristra de insultos se prolongó hasta diez minutos, repitiéndose incontables veces. Tras ello hubo un largo silencio que finalizó gracias al propio Samuel.

—Tícher.

—Dime.

—Que molas mucho. Eres el mejor profe que he tenido jamás.

Una oleada de felicidad recorrió el cuerpo del señor Jackson, una felicidad pura producto de ser un individuo consciente de realizar correcta y eficazmente su trabajo.

—No me lo tienes que agradecer. Yo hago todo esto porque te quiero, Samuel, a ti y a todos los demás. Mi trabajo es quereros a todos, preocuparme por vosotros, por vuestro bienestar, por vuestro futuro. Si no, ¿qué sentido tendría que yo os enseñara inglés? Aprender una lengua extranjera es algo muy ventajoso, es una oportunidad que no debes desaprovechar.

—Ningún otro profe me ha tratao así.

—Porque la mayoría de los profesores no te quieren, Samuel. Ni a ti ni a ningún alumno: lo único que quieren es el sueldo que les pagan sin

merecerlo al final de cada mes.

—Entonces, ¿mis padres tampoco me quieren?

—Es evidente que no, Samuel.

Las lágrimas cayeron.

—Ello, no obstante, no te debe desanimar. Debes ser fuerte, muchacho, y tener presente que, ante todo, no estás solo. Me tienes a mí. Yo te quiero, de la misma forma que quiero a todos tus compañeros. Estoy a tu lado para todo lo que necesites.

—¿Y por qué me tratas así si me he portao tan mal? —preguntó Samuel, preso de la conciencia.

—Porque el verdadero cariño ha de basarse, por encima de todo, en la comprensión y en la condescendencia. Soy un maestro, Samuel. Mi trabajo es preocuparme por vuestro futuro. Mi trabajo es amaros. Me pagan por ello. Y así lo decidí. Y por ello he de amaros incondicionalmente a todos, seáis buenos o malos, listos o tontos, feos o guapos. Hagáis lo que hagáis siempre os lo perdonaré, siempre estaré dispuesto no solo a enseñaros inglés, sino a ayudaros. De otra forma no podría llamarme maestro.

—¡Pos hay muchos maestros que no hacen bien su trabajo!

—Así es, Samuel, y no es algo que me agrade mucho... aunque parece ser que al señor Portillo le da igual, y el señor Portillo, según dicen, es un hombre bueno. En cualquier caso, aprovecha que me tienes a mí. Piensa que no vas a estar solo nunca más. Piensa que no tienes motivos para estar triste. Por ello, Samuel, creo que no tienes motivos para seguir portándote así en mis clases.

El muchacho asintió, restregándose los ojos para limpiarse las lágrimas.

—¿Vas a cambiar, por tanto?

—Sí...

—Eso espero. Confío mucho en ti, chico. Espero que sepas corresponder bien esta confianza. Deberías empezar, uhm... haciendo los deberes, por ejemplo. Mañana espero que los traigas hechos.

—Pero es que no sé hacerlos. Es que eso es mu difícil.

—Es normal que te sea difícil si llevas sin hacer nada desde que comenzó el curso. No obstante, nunca es tarde para retomar el trabajo perdido. ¡Mira, se me ha ocurrido una idea! ¿Por qué no vienes esta tarde aquí y te ayudo a hacer los deberes y te explico todo lo que no entiendes?

—¡Vale! —respondió el muchacho, brillando la esperanza en sus ojos— ¡Entonces quiero que me castigues todos los días!

—Si lo que quieres es huir del turbulento ambiente familiar puedes venir aquí las tardes que quieras aunque no haya deberes. Es más, diría incluso que te trajeras la consola que te he regalado alguna vez. Yo tengo otra igual, y podríamos jugar alguna que otra partida multijugador...

La bronca que Samuel iba a recibir por llegar tarde a casa no impidió que recorriera el camino de vuelta más contento que unas castañuelas. El señor Jackson, satisfecho, recogió sus bártulos y se dirigió a la salida del colegio, en cuyo camino se topó con una muchacha que lo detuvo.

—¿Tiene usted un momento? —preguntó.

Tenía su misma edad y había algo en ella que le resultaba familiar.

—Por supuesto. ¿Tú eras...?

—Raquel Plaza, profesora de latín y griego del instituto Antonio Marqués y Espejo.

—Pero creo que te he visto en otro sitio...

—Sí, en la cena del señor Portillo, acompañando al señor Juárez. Soy poetisa y he podido sacar mi trabajo a la luz gracias al Fondo Cultural García Lorca.

—¡Oh, interesante!

—Me dirijo a usted, perdone por ser entrometida, porque no he podido evitar oírle mencionar al señor Portillo al pasar por el pasillo en el que está su aula...

—Lo que yo hable sobre el señor Portillo es asunto mío, señorita. Que yo recuerde, en Selenópolis aún se permite la libertad de expresión...

—¡Oh! No se asuste usted. Probablemente esté más cerca de mí de lo que piensa, pues ni el señor Portillo ni el resto del PEDS me resultan

gente grata.

—Es una buena forma de dar pie a una hipotética amistad —respondió James, relajado—. Acompáñeme, pues, y sigue hablándome de tus rencores hacia esas gentes tan desconsideradas.

—¡Oh, muy amable! Verás, como todo el mundo sabe el tal Portillo tiende a autoproclamarse de liberal, progresista y amigo del pueblo. No obstante, posee una faceta oculta que muchas personas desconocen: un profundo desprecio hacia un pilar base de cualquier sociedad, la cultura. No ha puesto un solo céntimo para financiar nada relacionado con ello: todo lo que hay es gracias al señor Juárez, una persona mucho más considerada.

—Interesante.

—Resulta que dentro de poco son las elecciones, y varios amigos míos de gran poder e influencia han decidido formar su propio partido político para evitar que el gobierno provisional de Portillo continúe prolongándose: el PCS, Partido Cultural de Selenópolis. Te tengo que advertir, no obstante, que si bien somos el partido más popular después del PEDS, estamos en clara desventaja frente a ellos, pues nuestra capacidad económica es inferior y no disponemos de medios para financiar algo que nos permita hacerles frente en las elecciones.

—¿Y quién es, por así decirlo, el cabecilla?

—Julián Abellán. El nombre tiene que resultarte familiar: es el presidente de la compañía de teatro en la que está tu mujer, Emma Holmer.

—Me parece perfecto. No has de decirme más, Raquel: ten por seguro que, a partir del día de hoy, el PCS contará con mi incondicional apoyo, y seguramente con el de Emma también.

—¡Cariño, me estás hablando de una oportunidad estupenda! —exclamó Emma justo al acabar de comer.

—Lo sé. Tenemos, pues, que saber aprovecharla.

—Eso tiene fácil solución, cielo. El señor Abellán es muy buen amigo mío. Compartimos una enorme devoción hacia el teatro español del Siglo de Oro, ya lo creo. Es más, tú lo has visto actuar conmigo. Fue el que representó a Segismundo cuando yo hice de Rosaura, ¿recuerdas?

—Vagamente, pero sí. ¿Quieres decir que podrías hablar con él?

—Sí. Podría concederle una cita contigo. Él es un señor muy simpático y comprensivo, no tiene nada que ver con Enrique Portillo.

—Para que todo esto salga bien, Emma, la clave es que yo me posicione como líder del partido. Si el señor Abellán es una persona razonable, accederá a que yo les acaudille y a acatar mis propuestas a cambio de la financiación que ellos necesitan para poder hacer frente al PEDS en las elecciones. Ahora te pregunto, Emma, cariño mío: ¿hasta qué punto estarías dispuesta a financiar?

—Financiaré lo que haga falta con tal de que tú te hagas con el gobierno de Selenópolis y por ende seas feliz, mi amor.

—No esperaba otra respuesta.

—Me estaría comportando como un imbécil si rechazara su propuesta, señor Jackson, sin siquiera valorarla. Lo que usted me propone, no obstante, es algo muy extraño, algo que jamás se ha hecho hasta ahora —dijo Julián Abellán, dubitativo.

—Algo, sin embargo, necesario para cualquier sociedad.

—Nunca me lo había planteado, a decir verdad. Mi principal intención siempre ha sido lograr que la cultura obtenga la valoración que merece...

—Y así será. Recuerda que ello será una consecuencia lógica de las medidas que tomemos, ¿no cree usted?

—Estoy de acuerdo con usted respecto al compromiso ético que sus medidas propuestas conllevan. No obstante, debe comprender que no confío en que la ciudadanía... la mayor parte de la ciudadanía, al menos, logre valorar la carga ética y la importancia de que todo eso se lleve a cabo. Es más, pensando con sentido común es lógico deducir que muchos se opondrán a la primera de cambio.

—El pueblo español, señor Abellán, es mezquino e ignorante en su mayoría. Coger una pequeña sección y traerla a Selenópolis no cambiará eso, no inmediatamente. Uno de los objetivos de las propuestas a añadir a su programa es lograr cambiar eso. Como comprenderá, no obstante, no puede pretender actuar como si ese cambio ya se hubiese producido.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Si una persona demuestra ser inteligente, yo la trato como tal. Pero si una persona demuestra ser estúpida, no veo inmoral el aprovecharme de su estupidez. Lo mismo ocurre con masas de personas.

—Comprenderás que no veo muy ético tal planteamiento.

—Es la única manera de actuar, de hacer algo para parar tanta injusticia. Piensa que sería mucho menos ético quedarnos de brazos cruzados o intentar cualquier otra vía inútil.

—No estoy seguro de lo que mi conciencia es capaz de soportar, señor Jackson.

—Tenga en cuenta usted que el señor Portillo no tendrá ningún reparo en llevar a cabo, con tal de ganar las elecciones, jugadas susceptibles de remover conciencias... si es que el señor Portillo tiene de eso, lo cual, tras haber hablado con él, dudo muchísimo.

—No lo sé, señor Jackson. Estoy muy nervioso. En condiciones normales no querría nada con usted... sería como hacer un pacto con el demonio. Pero pienso en todo el bien que voy a poder hacer si acepto, y...

—No, señor Abellán. No ha de pensar en todo el bien que hará si acepta... sino en todo el mal que permanecerá ahí en caso de que usted decida quedarse de brazos cruzados. Recuerde la mucha, muchísima razón que tenía Martin Luther King cuando decía que aquel que consiente el mal es igual de responsable que el que lo lleva a cabo.

—Bien, bueno... supongamos que acepto. ¿Qué propone usted? Está más que claro que una campaña electoral que proclame a los cuatro vientos las medidas que usted va a tomar está abocada al fracaso.

—Proclamaremos a los cuatro vientos todas mis ideas... pero con la sutileza suficiente como para que suenen atractivas a oídos del populacho ignorante.

—Estás hablando de tergiversar y manipular información... algo verdaderamente deplorable.

—Algo que el señor Portillo no tendrá reparo alguno en hacer.

—Y no por ello nos deberíamos rebajarnos a su nivel.

—¡Muy bien! Dedíquese, por tanto, a otra ocupación que no sea la política. Créame cuando le digo que si se niega a llevar a cabo nada que tenga la más mínima implicación moral las consecuencias de su paso por dicho

mundillo serán prácticamente inexistentes.

Abellán, terminadas sus diez uñas, comenzaba a mordisquear pellejos de piel.

—Aceptaré, señor Jackson. No tengo otra opción. Pero no me gusta ser el responsable de tomar esta decisión.

—¡Os presento a mi nueva amiga, la señorita Raquel Plaza! —exclamó James al tiempo que tomaba asiento en la cafetería— Es profesora de mi colegio-instituto y afiliada a mi partido político.

—Ya nos conocemos —respondió Ángela Valero—. Ella está también en la Fundación Cultural García Lorca, pero nunca hemos tenido la oportunidad de intercambiar palabras. ¡Un placer!

—¡Políticos! —masculló Billy Sammet— Amigo mío, de veras no entiendo qué demonios esperas de todo esto.

—Sospechaba, a raíz de leer tanto tus artículos y ver una y otra vez tus documentales, que tu postura respecto a la política siempre ha sido algo escéptica —dijo el señor Jackson—. No obstante, en ciertas ocasiones has manifestado algo. Es más que obvio que aborreces las monarquías. Las dictaduras te parecen estúpidas, y por ende, el comunismo también. Y respecto al anarquismo, siempre lo has juzgado un sueño al que los preadolescentes se aferran como alternativa a la religión. No obstante... ¿qué opinas realmente sobre la democracia como tal? Sin rodeos, Billy. Siempre te has manifestado ambiguo al respecto.

—¿Has leído a Platón, James? —inquirió Billy antes de responder.

—Algo conozco, ¿por qué?

—Yo sí que lo he leído —intervino Raquel Plaza—. Toda su obra. Y en griego clásico.

—Muy bien —replicó Billy con desdén—. Yo no, y no tengo idea alguna de griego clásico; es más, sólo recuerdo de él las cuatro cosas que me permitieron obtener el aprobado raspado en el instituto. Obviamente no puedo equiparar mis conocimientos a los de la mayor eminencia de la literatura culturalista de Selenópolis, pero hubo cierto detalle en su día que me llamó mucho la atención. Él hablaba de un mundo abstracto y paralelo, creo, a éste, un mundo no poblado por seres sino por conceptos a los que él llamaba ideas, y todos ellos eran perfectos y absolutos. Consideraba este señor que todo lo visto y por ver de este mundo provenía de esas llamadas ideas, no siendo más que imperfectas copias

de las mismas. Recuerdo que cuando estudié todo esto me pareció estúpido y disparatado, pero hoy por hoy me doy cuenta de que aquel hombre era realmente ingenioso. Su ocurrencia del mundo de las ideas puede ser muy útil para comprender ciertos conceptos de nuestro propio mundo, entre los cuales se encuentra la democracia. Ésta no es más que eso: una pura idea platónica, un concepto, un meme, una unidad de información que anida en las mentes de los hombres. Y nada más. Nunca va a existir la democracia como tal. Su significado implica algo disparatado, utópico e imposible. Si encontramos sistemas a los que erróneamente llamamos democráticos, tenemos que comprender que no son sino perversiones y monumentos a la depravación que nada tienen que ver con esa pura y bellísima idea que anida en la mente de tantos hombres. No sé si esto ha respondido a tu pregunta.

—¡Por favor! —exclamó Raquel, rompiendo el silencio incómodo que la afirmación de Billy había creado— Me parece horrible emplear a Platón... no, ¡a un vago e imperfecto conocimiento de la obra de Platón, para un fin tan estúpido! No demuestras más que pedantería e ignorancia, William, al igual que cuando me hiciste aquella incómoda entrevista durante la cena de Portillo. No he visto más que dos de esos documentales tuyos y puedo hacerme muy a la idea del tipo de persona que eres: un idiota lleno de odio al que le gusta sentirse superior intentando convencer a los demás de los patéticos que, según tú, son.

—Mira —intervino Ángela—, creo que Billy es libre de mentar a Platón cuanto quiera y de tener una postura tan escéptica como le dé la gana. Te recuerdo que él es tan español como tú y que conoce muy bien la situación que había en nuestro país justo antes de que se pusiera en marcha la iniciativa colonial. Es perfectamente normal que tenga esa forma de pensar.

La mirada de hostilidad de Raquel hizo que Ángela se replanteara si realmente había sido buena idea aquel arrebato de valentía.

—Quiero dejar claro que no tengo nada en tu contra y que solo estoy expresando mi opinión —prosiguió Ángela—. He leído tus poemas y me gustan mucho, y creo que podríamos llegar a llevarnos bien. No conozco a muchas personas dentro de la fundación, la verdad.

—Tú eres la dibujante de historietas, ¿no?

—¿Has leído algo mío? —inquirió la muchacha, entusiasmada— A decir verdad, he oído pocas opiniones, y me hace mucha ilusión que la gente opine. Debes saber que he puesto mucho de mí misma en mi obra, y que me gustaría saber hasta qué punto posee valor artístico.

—Las obras que poseen valor artístico —comenzó a recitar Raquel— son aquellas que hablan a todos los hombres del mundo, no las dirigidas

únicamente a cuatro preadolescentes obesos que, carentes de sentido del ridículo, gustan de pavonearse en convenciones disfrazados de formas cada vez más esperpénticas.

—Si bien acabas de señalar de forma muy clara el motivo por el que siempre preferí la línea clara a las japonesadas —argumentó Billy—, tengo que decir en defensa de mi amiga que su obra no puede entrar dentro de la categoría que has mencionado. Hablo desde el conocimiento, pues estos días no he hecho otra cosa que escrutar hasta la última página de su creación, que está destinada a ocupar un lugar de honor en las estanterías de mi habitación, junto a las aventuras de Tintín, V de Vendetta y otra serie de indiscutibles obras de arte dentro del mundo del cómic. Es cosa mala el generalizar; sí que es cierto que muchísimos cómics japoneses son verdaderamente ridículos, pero no hay más que indagar un mínimo dentro de esa cultura para llevar a cabo grandes descubrimientos destinados a pasar a la historia del cómic. Pido por ello algo de deferencia hacia Ángela y dejar a un lado falacias de generalización apresurada, que dicen muy poco de ti y de tu partido político.

—¡Esto es insultante! —estalló Raquel, poniéndose en pie y llamando la atención de toda la cafetería

—James, juzga por ti mismo con qué clase de gente te estás relacionando —musitó Billy, encogiéndose de hombros una vez Raquel se hubo marchado sin pagar.

—Pronto todo eso dará igual, Billy. Los miembros del PCS no son más que personas que ya han cumplido su función, engranajes de un sistema mucho más grande. Pronto lo verás. ¿Sabes qué? Probablemente lleves razón en eso de que la democracia no es más que un mar de corrupción y depravación. Pero eso no me detendrá.

La víctima

—Agradezco su interés, señor Jackson, pero su propuesta no solo carece de sentido alguno, sino que entorpecería nuestro programa electoral y mermaría la confianza que los ciudadanos han depositado en el PEDS —se justificó Enrique Portillo con vehemencia.

—Creo que usted no me ha entendido bien. Le estoy proponiendo hacer un balance de prioridades, algo que Selenópolis, y la humanidad en general, debería hacer. Medítelo y verá que rechazar mi propuesta tan repentinamente es una verdadera obscenidad —replicó James Jackson.

—Es precisamente por tener claro cuáles son las prioridades por lo que rechazo su propuesta. Las personas vinieron a Selenópolis

buscando estabilidad, y lo que usted propone llenaría la colonia de tensiones.

—La colonia ya está llena de tensiones, señor Portillo. Que usted y su partido político decidan ignorarlas me parece muy bien, pero no desaparecerán... cuando despierten, el dinosaurio seguirá estando ahí.

—Usted me está hablando de problemillas inevitables, de...

—Gilipolleces, ¿verdad? —bramó Jackson, fuera de sí—
Gilipolleces que es mejor asumir e ignorar. Es estúpido cogerse un sofoco por estas gilipolleces, ¿a que sí, señor Portillo? ¡Dígalo usted, vamos!

—Váyase usted de aquí o llamo a la guardia de Selenópolis.

—Mi vida, ¿cómo ha ido la entrevista con el señor Portillo?
—preguntó Emma, condescendiente.

—Predecible, muy predecible.

—¿Cómo he de interpretar eso?

—Como quieras. Si he decidido agotar esta vía antes que ninguna otra ha sido por pura ética, pero sabía muy bien cuál iba a ser el resultado.

—¿Y ahora qué viene?

—Fundar nuestro propio partido político y ganar las elecciones, obviamente. Otra vía que agotaré también por pura ética. Después de eso, el muy amable señor Juárez nos echará una mano.

Al día siguiente tuvo lugar la primera jornada de trabajo algo apacible para el señor Jackson, a pesar de que uno de sus alumnos estuviera toda la mañana alborotando de las más variopintas formas posibles. James, en lugar de alterarse, le respondió con una amable sonrisa y le ofreció una videoconsola portátil.

—Un entretenimiento mucho más productivo, pacífico y respetuoso con tus compañeros.

—¿Es pa mí? —preguntó, sorprendido, el chico en cuestión.

—Lo será si, al terminar la clase, me permites tener una tranquila conversación contigo.

—¡Toma ya! ¡Mirad lo que me ha regalao, pringaos, y sin hacer na!

Aquellas chanzas fueron los últimos coletazos del diablo perturbador que aquella mañana había poseído su cuerpo. El resto de la hora hasta que sonó la sirena transcurrió sin más disturbios que las quejas de los demás compañeros ante lo que a sus ojos era un inmerecido premio.

—Bueno, Samuel, la clase ha terminado. Como acordamos, no te puedes ir a tu casa. Tienes que hablar conmigo...

—¡Sí, vamos, échame la bronca ya!

—No, Samuel. No estoy aquí para echarte ninguna bronca. Créeme, hay muchas otras personas que se merecerían una bronca mucho más que un niño de ocho años, y apenas les he dicho nada.

—¿Entonces?

—Estás aquí para hablar, Samuel, y yo estoy aquí para escucharte.

—¡Venga ya! ¡Lo de siempre, quieres que te diga por qué he sido tan malo pa luego echarme una bronca o castigarme!

—No, Samuel. No te voy a castigar. Es más, te voy a regalar la consola que te he prometido. Simplemente tienes que hablar y responder a las preguntas que haga.

—Bueno...

—¿Qué esperas conseguir comportándote así?

—¡Yo me porto como me da la gana!

—Creo que no has entendido bien mi pregunta. Cuando te pones a gritar, a pegarle collejas a tus compañeros, a lanzar los libros por la ventana... ¿qué es lo que esperas? ¿Cómo te gustaría que reaccionaran los demás? Algún objetivo tendrás, ¿no?

—¡Pos no! ¡Lo hago porque me sale de los cojones y ya está!

—Entiendo. Visto lo visto, te haré otra pregunta. ¿Qué es lo que

más te gusta de comportarte así?

—¡Me gusta tó!

—Habrá algo que te resulte especialmente agradable. Ten en cuenta que cada vez que actúas así se desencadenan una serie de variopintas consecuencias... ¡vamos, que de esto depende llevarte o no la consola a tu casa!

—Pos que tos me miráis —confesó Samuel, tras unos instantes de reflexión.

—¿Y por qué te gusta que te miren?

—Pos no sé.

—Piénsalo bien, Samuel. Tenemos todo el tiempo del mundo. Pero yo no me quiero ir de aquí sin que me digas lo que quiero saber, y tú no te quieres ir de aquí sin la consola... ¿verdad?

—Porque es el único sitio en el que me miran.

James Jackson sonrió. Todo iba sobre ruedas.

—¿Ah, sí? Eso es muy raro. Tú vives en una casa con un papá y una mamá. Ellos te mirarán, ¿no?

—¡Ojalá!

—¿Quieres decir que no te hacen caso, Samuel?

—¡Pos no! ¡Se están to el día gritando! ¡Y hacen mucho ruido! Y yo les digo que paren. Y lloro. Y les grito. Y digo palabrotas, muchas palabrotas. Pero pasan de mí. Me dicen que yo a lo mío. Que les deje a ellos con sus cosas. ¡Pero no me gusta, porque están tos los días así!

—Tus padres son, en ese caso, terriblemente malos, ¿no crees?

—¡Mucho! —exclamó Samuel, rompiendo a llorar— ¡Mucho! ¡Son unos hijos de puta!

—¿Y qué más?

—¿Eh?

—¿Qué más son tus padres? Vamos, creo que conoces muchas más palabras malsonantes, ¿me equivoco? Quiero que las digas todas.

Una por una. Tal y como lo sientes. ¡Vamos, alto y claro!

La ristra de insultos se prolongó hasta diez minutos, repitiéndose incontables veces. Tras ello hubo un largo silencio que finalizó gracias al propio Samuel.

—Tícher.

—Dime.

—Que molas mucho. Eres el mejor profe que he tenido jamás.

Una oleada de felicidad recorrió el cuerpo del señor Jackson, una felicidad pura producto de ser un individuo consciente de realizar correcta y eficazmente su trabajo.

—No me lo tienes que agradecer. Yo hago todo esto porque te quiero, Samuel, a ti y a todos los demás. Mi trabajo es quereros a todos, preocuparme por vosotros, por vuestro bienestar, por vuestro futuro. Si no, ¿qué sentido tendría que yo os enseñara inglés? Aprender una lengua extranjera es algo muy ventajoso, es una oportunidad que no debes desaprovechar.

—Ningún otro profe me ha tratao así.

—Porque la mayoría de los profesores no te quieren, Samuel. Ni a ti ni a ningún alumno: lo único que quieren es el sueldo que les pagan sin merecerlo al final de cada mes.

—Entonces, ¿mis padres tampoco me quieren?

—Es evidente que no, Samuel.

Las lágrimas cayeron.

—Ello, no obstante, no te debe desanimar. Debes ser fuerte, muchacho, y tener presente que, ante todo, no estás solo. Me tienes a mí. Yo te quiero, de la misma forma que quiero a todos tus compañeros. Estoy a tu lado para todo lo que necesites.

—¿Y por qué me tratas así si me he portao tan mal? —preguntó Samuel, preso de la conciencia.

—Porque el verdadero cariño ha de basarse, por encima de todo, en la comprensión y en la condescendencia. Soy un maestro, Samuel. Mi trabajo es preocuparme por vuestro futuro. Mi trabajo es amaros. Me pagan por ello. Y así lo decidí. Y por ello he de amaros incondicionalmente a todos, seáis buenos o malos, listos o tontos, feos o guapos. Hagáis lo

que hagáis siempre os lo perdonaré, siempre estaré dispuesto no solo a enseñaros inglés, sino a ayudaros. De otra forma no podría llamarme maestro.

—¡Pos hay muchos maestros que no hacen bien su trabajo!

—Así es, Samuel, y no es algo que me agrade mucho... aunque parece ser que al señor Portillo le da igual, y el señor Portillo, según dicen, es un hombre bueno. En cualquier caso, aprovecha que me tienes a mí. Piensa que no vas a estar solo nunca más. Piensa que no tienes motivos para estar triste. Por ello, Samuel, creo que no tienes motivos para seguir portándote así en mis clases.

El muchacho asintió, restregándose los ojos para limpiarse las lágrimas.

—¿Vas a cambiar, por tanto?

—Sí...

—Eso espero. Confío mucho en ti, chico. Espero que sepas corresponder bien esta confianza. Deberías empezar, uhm... haciendo los deberes, por ejemplo. Mañana espero que los traigas hechos.

—Pero es que no sé hacerlos. Es que eso es mu difícil.

—Es normal que te sea difícil si llevas sin hacer nada desde que comenzó el curso. No obstante, nunca es tarde para retomar el trabajo perdido. ¡Mira, se me ha ocurrido una idea! ¿Por qué no vienes esta tarde aquí y te ayudo a hacer los deberes y te explico todo lo que no entiendes?

—¡Vale! —respondió el muchacho, brillando la esperanza en sus ojos— ¡Entonces quiero que me castigues tos los días!

—Si lo que quieres es huir del turbulento ambiente familiar puedes venir aquí las tardes que quieras aunque no haya deberes. Es más, diría incluso que te trajeras la consola que te he regalado alguna vez. Yo tengo otra igual, y podríamos jugar alguna que otra partida multijugador...

La bronca que Samuel iba a recibir por llegar tarde a casa no impidió que recorriera el camino de vuelta más contento que unas castañuelas. El señor Jackson, satisfecho, recogió sus bártulos y se dirigió a la salida del colegio, en cuyo camino se topó con una muchacha que lo detuvo.

—¿Tiene usted un momento? —preguntó.

Tenía su misma edad y había algo en ella que le resultaba familiar.

—Por supuesto. ¿Tú eras...?

—Raquel Plaza, profesora de latín y griego del instituto Antonio Marqués y Espejo.

—Pero creo que te he visto en otro sitio...

—Sí, en la cena del señor Portillo, acompañando al señor Juárez. Soy poetisa y he podido sacar mi trabajo a la luz gracias al Fondo Cultural García Lorca.

—¡Oh, interesante!

—Me dirijo a usted, perdone por ser entrometida, porque no he podido evitar oírle mencionar al señor Portillo al pasar por el pasillo en el que está su aula...

—Lo que yo hable sobre el señor Portillo es asunto mío, señorita. Que yo recuerde, en Selenópolis aún se permite la libertad de expresión...

—¡Oh! No se asuste usted. Probablemente esté más cerca de mí de lo que piensa, pues ni el señor Portillo ni el resto del PEDS me resultan gente grata.

—Es una buena forma de dar pie a una hipotética amistad —respondió James, relajado—. Acompáñeme, pues, y sigue hablándome de tus rencores hacia esas gentes tan desconsideradas.

—¡Oh, muy amable! Verás, como todo el mundo sabe el tal Portillo tiende a autoproclamarse de liberal, progresista y amigo del pueblo. No obstante, posee una faceta oculta que muchas personas desconocen: un profundo desprecio hacia un pilar base de cualquier sociedad, la cultura. No ha puesto un solo céntimo para financiar nada relacionado con ello: todo lo que hay es gracias al señor Juárez, una persona mucho más considerada.

—Interesante.

—Resulta que dentro de poco son las elecciones, y varios amigos míos de gran poder e influencia han decidido formar su propio partido político para evitar que el gobierno provisional de Portillo continúe prolongándose: el PCS, Partido Cultural de Selenópolis. Te tengo que advertir, no obstante, que si bien somos el partido más popular después

del PEDS, estamos en clara desventaja frente a ellos, pues nuestra capacidad económica es inferior y no disponemos de medios para financiar algo que nos permita hacerles frente en las elecciones.

—¿Y quién es, por así decirlo, el cabecilla?

—Julián Abellán. El nombre tiene que resultarte familiar: es el presidente de la compañía de teatro en la que está tu mujer, Emma Holmer.

—Me parece perfecto. No has de decirme más, Raquel: ten por seguro que, a partir del día de hoy, el PCS contará con mi incondicional apoyo, y seguramente con el de Emma también.

—¡Cariño, me estás hablando de una oportunidad estupenda!
—exclamó Emma justo al acabar de comer.

—Lo sé. Tenemos, pues, que saber aprovecharla.

—Eso tiene fácil solución, cielo. El señor Abellán es muy buen amigo mío. Compartimos una enorme devoción hacia el teatro español del Siglo de Oro, ya lo creo. Es más, tú lo has visto actuar conmigo. Fue el que representó a Segismundo cuando yo hice de Rosaura, ¿recuerdas?

—Vagamente, pero sí. ¿Quieres decir que podrías hablar con él?

—Sí. Podría concederle una cita contigo. Él es un señor muy simpático y comprensivo, no tiene nada que ver con Enrique Portillo.

—Para que todo esto salga bien, Emma, la clave es que yo me posicione como líder del partido. Si el señor Abellán es una persona razonable, accederá a que yo les acaudille y a acatar mis propuestas a cambio de la financiación que ellos necesitan para poder hacer frente al PEDS en las elecciones. Ahora te pregunto, Emma, cariño mío: ¿hasta qué punto estarías dispuesta a financiar?

—Financiaré lo que haga falta con tal de que tú te hagas con el gobierno de Selenópolis y por ende seas feliz, mi amor.

—No esperaba otra respuesta.

—Me estaría comportando como un imbécil si rechazara su propuesta, señor Jackson, sin siquiera valorarla. Lo que usted me propone, no obstante, es algo muy extraño, algo que jamás se ha hecho

hasta ahora —dijo Julián Abellán, dubitativo.

—Algo, sin embargo, necesario para cualquier sociedad.

—Nunca me lo había planteado, a decir verdad. Mi principal intención siempre ha sido lograr que la cultura obtenga la valoración que merece...

—Y así será. Recuerda que ello será una consecuencia lógica de las medidas que tomemos, ¿no cree usted?

—Estoy de acuerdo con usted respecto al compromiso ético que sus medidas propuestas conllevan. No obstante, debe comprender que no confío en que la ciudadanía... la mayor parte de la ciudadanía, al menos, logre valorar la carga ética y la importancia de que todo eso se lleve a cabo. Es más, pensando con sentido común es lógico deducir que muchos se opondrán a la primera de cambio.

—El pueblo español, señor Abellán, es mezquino e ignorante en su mayoría. Coger una pequeña sección y traerla a Selenópolis no cambiará eso, no inmediatamente. Uno de los objetivos de las propuestas a añadir a su programa es lograr cambiar eso. Como comprenderá, no obstante, no puede pretender actuar como si ese cambio ya se hubiese producido.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Si una persona demuestra ser inteligente, yo la trato como tal. Pero si una persona demuestra ser estúpida, no veo inmoral el aprovecharme de su estupidez. Lo mismo ocurre con masas de personas.

—Comprenderás que no veo muy ético tal planteamiento.

—Es la única manera de actuar, de hacer algo para parar tanta injusticia. Piensa que sería mucho menos ético quedarnos de brazos cruzados o intentar cualquier otra vía inútil.

—No estoy seguro de lo que mi conciencia es capaz de soportar, señor Jackson.

—Tenga en cuenta usted que el señor Portillo no tendrá ningún reparo en llevar a cabo, con tal de ganar las elecciones, jugadas susceptibles de remover conciencias... si es que el señor Portillo tiene de eso, lo cual, tras haber hablado con él, dudo muchísimo.

—No lo sé, señor Jackson. Estoy muy nervioso. En condiciones normales no querría nada con usted... sería como hacer un pacto con el

demonio. Pero pienso en todo el bien que voy a poder hacer si acepto, y...

—No, señor Abellán. No ha de pensar en todo el bien que hará si acepta... sino en todo el mal que permanecerá ahí en caso de que usted decida quedarse de brazos cruzados. Recuerde la mucha, muchísima razón que tenía Martin Luther King cuando decía que aquel que consiente el mal es igual de responsable que el que lo lleva a cabo.

—Bien, bueno... supongamos que acepto. ¿Qué propone usted? Está más que claro que una campaña electoral que proclame a los cuatro vientos las medidas que usted va a tomar está abocada al fracaso.

—Proclamaremos a los cuatro vientos todas mis ideas... pero con la sutileza suficiente como para que suenen atractivas a oídos del populacho ignorante.

—Estás hablando de tergiversar y manipular información... algo verdaderamente deplorable.

—Algo que el señor Portillo no tendrá reparo alguno en hacer.

—Y no por ello nos deberíamos rebajarnos a su nivel.

—¡Muy bien! Dedíquese, por tanto, a otra ocupación que no sea la política. Créame cuando le digo que si se niega a llevar a cabo nada que tenga la más mínima implicación moral las consecuencias de su paso por dicho mundillo serán prácticamente inexistentes.

Abellán, terminadas sus diez uñas, comenzaba a mordisquear pellejos de piel.

—Aceptaré, señor Jackson. No tengo otra opción. Pero no me gusta ser el responsable de tomar esta decisión.

—¡Os presento a mi nueva amiga, la señorita Raquel Plaza!
—exclamó James al tiempo que tomaba asiento en la cafetería— Es profesora de mi colegio-instituto y afiliada a mi partido político.

—Ya nos conocemos —respondió Ángela Valero—. Ella está también en la Fundación Cultural García Lorca, pero nunca hemos tenido la oportunidad de intercambiar palabras. ¡Un placer!

—¡Políticos! —masculló Billy Sammet— Amigo mío, de veras no entiendo qué demonios esperas de todo esto.

—Sospechaba, a raíz de leer tanto tus artículos y ver una y otra vez tus documentales, que tu postura respecto a la política siempre ha sido algo escéptica —dijo el señor Jackson—. No obstante, en ciertas ocasiones has manifestado algo. Es más que obvio que aborreces las monarquías. Las dictaduras te parecen estúpidas, y por ende, el comunismo también. Y respecto al anarquismo, siempre lo has juzgado un sueño al que los preadolescentes se aferran como alternativa a la religión. No obstante... ¿qué opinas realmente sobre la democracia como tal? Sin rodeos, Billy. Siempre te has manifestado ambiguo al respecto.

—¿Has leído a Platón, James? —inquirió Billy antes de responder.

—Algo conozco, ¿por qué?

—Yo sí que lo he leído —intervino Raquel Plaza—. Toda su obra. Y en griego clásico.

—Muy bien —replicó Billy con desdén—. Yo no, y no tengo idea alguna de griego clásico; es más, sólo recuerdo de él las cuatro cosas que me permitieron obtener el aprobado raspado en el instituto. Obviamente no puedo equiparar mis conocimientos a los de la mayor eminencia de la literatura culturalista de Selenópolis, pero hubo cierto detalle en su día que me llamó mucho la atención. Él hablaba de un mundo abstracto y paralelo, creo, a éste, un mundo no poblado por seres sino por conceptos a los que él llamaba ideas, y todos ellos eran perfectos y absolutos. Consideraba este señor que todo lo visto y por ver de este mundo provenía de esas llamadas ideas, no siendo más que imperfectas copias de las mismas. Recuerdo que cuando estudié todo esto me pareció estúpido y disparatado, pero hoy por hoy me doy cuenta de que aquel hombre era realmente ingenioso. Su ocurrencia del mundo de las ideas puede ser muy útil para comprender ciertos conceptos de nuestro propio mundo, entre los cuales se encuentra la democracia. Ésta no es más que eso: una pura idea platónica, un concepto, un meme, una unidad de información que anida en las mentes de los hombres. Y nada más. Nunca va a existir la democracia como tal. Su significado implica algo disparatado, utópico e imposible. Si encontramos sistemas a los que erróneamente llamamos democráticos, tenemos que comprender que no son sino perversiones y monumentos a la depravación que nada tienen que ver con esa pura y bellísima idea que anida en la mente de tantos hombres. No sé si esto ha respondido a tu pregunta.

—¡Por favor! —exclamó Raquel, rompiendo el silencio incómodo que la afirmación de Billy había creado— Me parece horrible emplear a Platón... no, ¡a un vago e imperfecto conocimiento de la obra de Platón, para un fin tan estúpido! No demuestras más que pedantería e ignorancia, William, al igual que cuando me hiciste aquella incómoda entrevista durante la cena de Portillo. No he visto más que dos de esos documentales tuyos y puedo hacerme muy a la idea del tipo de persona que eres: un idiota lleno de

odio al que le gusta sentirse superior intentando convencer a los demás de los patéticos que, según tú, son.

—Mira —intervino Ángela—, creo que Billy es libre de mentar a Platón cuanto quiera y de tener una postura tan escéptica como le dé la gana. Te recuerdo que él es tan español como tú y que conoce muy bien la situación que había en nuestro país justo antes de que se pusiera en marcha la iniciativa colonial. Es perfectamente normal que tenga esa forma de pensar.

La mirada de hostilidad de Raquel hizo que Ángela se replanteara si realmente había sido buena idea aquel arrebato de valentía.

—Quiero dejar claro que no tengo nada en tu contra y que solo estoy expresando mi opinión —prosiguió Ángela—. He leído tus poemas y me gustan mucho, y creo que podríamos llegar a llevarnos bien. No conozco a muchas personas dentro de la fundación, la verdad.

—Tú eres la dibujante de historietas, ¿no?

—¿Has leído algo mío? —inquirió la muchacha, entusiasmada— A decir verdad, he oído pocas opiniones, y me hace mucha ilusión que la gente opine. Debes saber que he puesto mucho de mí misma en mi obra, y que me gustaría saber hasta qué punto posee valor artístico.

—Las obras que poseen valor artístico —comenzó a recitar Raquel— son aquellas que hablan a todos los hombres del mundo, no las dirigidas únicamente a cuatro preadolescentes obesos que, carentes de sentido del ridículo, gustan de pavonearse en convenciones disfrazados de formas cada vez más esperpénticas.

—Si bien acabas de señalar de forma muy clara el motivo por el que siempre preferí la línea clara a las japonesadas —argumentó Billy—, tengo que decir en defensa de mi amiga que su obra no puede entrar dentro de la categoría que has mencionado. Hablo desde el conocimiento, pues estos días no he hecho otra cosa que escrutar hasta la última página de su creación, que está destinada a ocupar un lugar de honor en las estanterías de mi habitación, junto a las aventuras de Tintín, V de Vendetta y otra serie de indiscutibles obras de arte dentro del mundo del cómic. Es cosa mala el generalizar; sí que es cierto que muchísimos cómics japoneses son verdaderamente ridículos, pero no hay más que indagar un mínimo dentro de esa cultura para llevar a cabo grandes descubrimientos destinados a pasar a la historia del cómic. Pido por ello algo de deferencia hacia Ángela y dejar a un lado falacias de generalización apresurada, que dicen muy poco de ti y de tu partido político.

—¡Esto es insultante! —estalló Raquel, poniéndose en pie y llamando la

atención de toda la cafetería

—James, juzga por ti mismo con qué clase de gente te estás relacionando
—musitó Billy, encogiéndose de hombros una vez Raquel se hubo marchado sin pagar.

—Pronto todo eso dará igual, Billy. Los miembros del PCS no son más que personas que ya han cumplido su función, engranajes de un sistema mucho más grande. Pronto lo verás. ¿Sabes qué? Probablemente lleves razón en eso de que la democracia no es más que un mar de corrupción y depravación. Pero eso no me detendrá.